



MCD 2018
Monumento al Capitán don Gonzalo Suárez Rendón, erigido en la Catedral de Tunja.

REPERTORIO BOYACENSE

Organo de la Academia Boyacense de Historia

DIRECTORES:

R. P. ERNESTO REYES

Presidente de la Corporación.

— RAMON C. CORREA

Secretario Perpetuo.

AÑO XLIV

República de Colombia - Departamento de Boyacá
SEPTIEMBRE A DICIEMBRE DE 1958

Nos. 201 a 202

Fray Andrés de San Nicolás

Por RAMON C. CORREA

El R. P. agustino Fray José Abel Salazar, O. R. S. A., hizo una lectura en el salón de la Academia Colombiana de Historia, sobre Fray Andrés de San Nicolás. Esa intervención oratoria fue publicada en la revista "Boletín de Historia y Antigüedades" números 516 a 518, de octubre, noviembre y diciembre de 1957, entrega que recibí en julio de 1958. El Padre Salazar dividió su conferencia en las partes: "Introducción", "Estado de la cuestión", "La pista orientadora", "El hallazgo por fin" y "Consecuencias".

En el punto "El hallazgo por fin" encontré la siguiente partida de bautismo que, según el Padre Salazar, es el documento probatorio, de manera irrefutable, que Fray Andrés de San Nicolás nació en la ciudad de Santafé:

"En Sta. Fe, a nueve de junio de mill y seiscientos diez y ocho años, yo don Joan de Cisneros presbytero, con licencia del párrocho puse óleo y crisma a Andrés, niño huérfano que no se sabe quién fueron sus padres, más de que lo cría Dña. Blanca de Vargas biuda, a cuya puerta lo dejaron a deshora y estaba ya bautizado, más avrá de seis meses. Fue su padrino el Capitán Miguel Arias de Ugarte y en fe dello lo firma don Joan Vásquez de Cisneros".

El anterior documento fue copiado por el Padre Salazar del archivo de la Catedral de Bogotá.

Durante largos años la Historia Literaria de Colombia ha dicho en sus páginas que el R. P. agustino Fray Andrés de San Nicolás, nació en la ciudad de Tunja.

Don Juan Flórez de Ocáriz, natural de San Lúcar de Barrameda, España, se trasladó al Nuevo Reino de Granada, con un honroso empleo, en 1626. Se estableció en Santafé y en esta ciudad escribió su inmortal obra titulada "Genealogías del Nuevo Reino de Granada", libro que imprimió en Madrid en 1674. El

genealogista Flórez de Ocáriz dice en su estudio que Fray Andrés de San Nicolás nació en Tunja. Lo afirmó un español que sin duda conoció, trató en Santafé y preguntó al religioso por el lugar de su nacimiento, para incluirlo en las Genealogías. Fuera de Ocáriz, otros escritores de crédito, antiguos y modernos, dicen que Fray Andrés de San Nicolás vio la primera luz en Tunja en la época colonial.

Don Juan Flórez de Ocáriz escribió en tres tomos la ascendencia de los ciudadanos nobles que conquistaron el Nuevo Reino de Granada. Mencionó en su obra a Fray Andrés de San Nicolás porque los antepasados de este padre fueron de distinguido linaje. Si el genealogista español hubiera tenido noticia que el religioso agustino no contó con padres conocidos, imposible que incluyera en su erudito trabajo a un plebeyo, por más fraile ilustrado que fuera, al lado de varones de prestancia social de allende los mares.

El P. Fabo dice en su obra "Historia de la Provincia de la Candelaria" que Fray Andrés "nació a PRINCIPIOS del año de 1617". El Padre Salazar opina: "Vino a este mundo en 1617, PROBABLEMENTE A FINES". Entre los dos historiadores agustinos hay disparidad de pareceres en relación al advenimiento a la vida de Fray Andrés. El nuevo investigador agustiniano Padre Salazar no ha descub~~ido~~ hasta ahora, ni el mes, ni la fecha del nacimiento del Padre de San Nicolás, del año de 1617.

Se sabe con certeza que, en tiempo de la Colonia, los niños de ambos sexos, de padres distinguidos en sociedad, eran bautizados el mismo día del nacimiento o pasados pocos días de él. No dejaban a un niño o niña sin bautismo durante varios meses, menos de un año para otro, porque, según las creencias religiosas, los padres cometían pecado mortal.

El Padre Salazar no da ninguna honra a la memoria del Padre de San Nicolás con la publicación de la partida de bautismo de un niño Andrés. El documento dice que el infante no tuvo padres conocidos y que apareció botado en el portón de la casa de la señora doña Blanca de Vargas.

El Padre Salazar dice: "Entre las 67 partidas que figuran en el libro dicho el año de 1618, la transcrita ocupa el número 28 y es una de las veinte en que el bautizado no aparece claramente como HIJO LEGITIMO".

Esta aseveración no la acepto para el Padre de San Nicolás que hubiera sido hijo natural. Tampoco es honroso para la Comunidad Agustiniiana el que a su claustro entraran a hacerse religiosos jóvenes nacidos ilegítimamente. No sabía que en el convento de San Agustín, de la época colonial, se admitieran a hijos naturales o a botados a los portones de las casas, para luego ordenarlos de Padres.

El Padre Salazar dice en la parte "Estado de la cuestión": "Acerca de la familia de fray Andrés y del apellido a que dio lustre reinaba hasta ahora la más completa oscuridad. Sin embargo, por las amistades que cultivó y por lo que asegura fray Pedro de San Francisco con no poca insistencia, casi no se dudaba de la nobleza de su linaje. Hé aquí las palabras del cronista: "Siendo sus padres españoles, ricos y de esclarecidos linajes".

Si el Padre de San Nicolás tuvo padres españoles, ricos y de esclarecidos linajes, como dice Fray Pedro de San Francisco, por qué la partida de bautismo, que publicó el Padre Salazar, no trae los nombres de esos padres nobles, de que habla el cronista de la Orden de San Agustín?

Con la cita del Padre de San Francisco en relación a los padres españoles, ricos y de esclarecidos linajes de Fray Andrés, la partida de bautismo que publicó el Padre Salazar, de un niño Andrés, queda sin ningún valor histórico. Esa partida no corresponde al religioso agustino Fray Andrés de San Nicolás, Padre que figura en las letras colombianas con mucho brillo.

El Padre de San Francisco continúa:

"Después que estuvo en España (el Padre de San Nicolás), tuvo varios socorros de dinero harto cuantiosos, que le remitieron sus padres, parientes y amigos."

Si el Padre de San Nicolás no tuvo progenitores legítimos, según la partida de bautismo que publicó el Padre Salazar, cómo recibió el religioso en España "varios socorros de dinero harto cuantiosos, que le remitieron de Santafé sus padres, parientes y amigos"?

El mismo Padre Salazar incluye en su lectura más respetables opiniones en relación al nacimiento de Fray Andrés en la ciudad de Tunja que en la ciudad de Santafé.

La parte final, titulada "Consecuencias", del estudio del Padre Salazar, tiene varias hipótesis que históricamente no se pueden admitir porque carecen de veracidad.

En Tunja no se ha encontrado la partida de bautismo del Padre de San Nicolás porque los archivos parroquiales de 1539 a finales de 1600 desaparecieron, como lo dice el mismo Padre Salazar en su conferencia.

Concluyo diciendo que la partida de bautismo del niño expósito llamado Andrés, incluida en este artículo, no es prueba fehaciente para afirmar, dentro de la Historia, que ese documento corresponda al humanista de la Colonia Fray Andrés de San Nicolás, ni menos para demostrar que el eximio agustino nació en Santafé.

El Padre de San Nicolás murió en Madrid (España) el 22 de noviembre de 1666, cuando el religioso contaba 49 años de edad.

En el Pantano de Vargas

Discurso pronunciado por el Académico Dr. MAX LOPEZ GUEVARA, en el Pantano de Vargas, durante los actos conmemorativos de la Batalla, el pasado 25 de Julio de 1958.

“Mi destino ha querido que una vasta porción del mundo haya aprovechado de mis combates para romper sus cadenas”. — SIMON BOLIVAR.

Señoras, caballeros:

Rememoramos hoy la batalla del Pantano de Vargas. Desde entonces, han transcurrido 139 años.

La Academia Boyacense de Historia —como en años anteriores— ha dispuesto que uno de sus miembros, en esta efemérides de nuestra epopeya nacional, haga el recuento de la hazañosa jornada.

Comenzaré por decir que he venido a este sitio heroico de la Patria, no a relatar algo nuevo, como tampoco a renovar un superfluo panegírico del Libertador, sino, ante todo, a reafirmar la fe incontrastable de Colombia en sus principios tutelares y eternos.

Bolívar surge al movimiento revolucionario de la Independencia, en medio de un tremendo caos ideológico y en momentos en que se suscitaban ilusorias controversias en que, como alguien hubo de expresarlo, “lo filosófico primaba sobre lo orgánico; la filantropía sobre las leyes; la dialéctica sobre la táctica; el sofisma sobre la trinchera. El pensamiento se ramificaba en ideas y éstas en discusiones públicas. A la confusión de los hechos se sumaba la confusión de las mentes”. Así, pues, dispersas las voluntades y las almas, bajo el peso de tremendas contradicciones en que no se había dirimido el dilema elemental entre la monarquía o la República, llegó Bolívar para disponer una solución salvadora: Actuación dinámica y jerarquía unificadora. Era preciso conquistar primero la independencia, para luego estructurar, sobre bases sólidas, la libertad. Bajo su acción genial, se

aglutinaron los conceptos y se polarizaron las voluntades para proseguir con el itinerario lógico: lograr previamente la emancipación, para luego crear y organizar la República. Por ello, el gran predestinado escribió: "El cielo me ha destinado para ser el libertador de los pueblos oprimidos. Nuestro objeto es unir la masa, bajo una misma dirección, para que nuestros elementos se dirijan todos al fin único de restablecer el Nuevo Mundo en sus derechos de libertad e independencia". Y en una proclama al ejército granadino, en Pamplona, expresó: "Yo no soy más que un soldado que vengo a ofrecer mis servicios a esta Nación hermana. Para nosotros la Patria es América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia; nuestra causa, la libertad". Y es que, como dijera Fernando González, "Bolívar habla y vive para toda la América".

En todo caso, ni estatuas, ni libros, ni ensayos, ni poemas, ni discursos, aumentarán el prestigio de Bolívar. A su gloria que es nuestra, porque es de América, la debemos alimentar, de generación en generación, como una llama permanente que se alimente con la sangre del espíritu de las nuevas promociones colombianas y las por venir. Porque aspiramos a una patria grande, culta y fuerte, es por lo que debemos conservar intacto el recuerdo de Bolívar y seguir su ejemplo, que se confunde con la patria misma porque constituye una superación organizada del espíritu. Y cada vez que pretendamos encauzar nuestras voluntades para empeñarnos en obras vertebrales y de verdadera grandeza nacional, debemos retornar a él para extraer de sus concepciones iluminadas, la fuerza directriz, el movimiento dinámico, la acción medular, que tiene su punto de partida en los fulgores de su genio. En Bolívar está la voluntad heroica de la raza y el punto cardinal de nuestro destino histórico!

Pero, rememoremos el capítulo de su vida consagrado a la épica campaña libertadora de 1819, uno de cuyos jalones, hoy celebra la Patria.

Han transcurrido los primeros meses del año inolvidable de 1819. En Venezuela Bolívar había preparado la guerra de partidas contra Morillo y había anunciado también la invasión de la Provincia de Barinas para rescatar a Caracas. Sin embargo, no confiaba en la eficacia de las fuerzas venezolanas para adelantar un movimiento de conjunto contra las posiciones del "pacificador". Y decidió modificar las bases de su estrategia: La Nueva Granada fue su mejor esperanza. El 20 de mayo afirmó su histórica decisión mediante una carta secreta a Santander, en la cual le decía: "Para ejecutar una operación que medito sobre la Nueva Granada, conviene que reúna usted todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar en el interior inmediatamente que reciba usted las órdenes que le comunicaré, luego que

haya formado el plan y coordinado los movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar a la Empresa. Aún no sé positivamente el día, ni me he decidido sobre el modo en que debe ejecutarse; así, me limito a indicar a usted el movimiento para que se prepare y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. Ud. solo debe saberlo”.

Y el 23 de mayo, en el pequeño caserío de “Setenta”, a orillas del río Apure, convoca el Consejo de Oficiales, cuyas conclusiones decidirían los destinos de América. Soublotte, Anzoátegui, Briceño Méndez, Plaza, Rooke, Iribarren y Rangel, entre otros, sobre blancos y pulidos cráneos de res —a manera de asientos—, escucharon en silencio, de labios del Libertador, el planeamiento genial de la campaña. Así describe el suceso el General O’Leary:

“En una choza arruinada de la desierta aldea de “Setenta”, a orillas del Apure, se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asientos que las calaveras de las reses que, para racionar la tropa, había matado, no hacía mucho, una guerrilla relista. Sentados en estas calaveras, que la lluvia y el sol habían blanqueado, iban aquellos jefes a decidir los destinos de América”.

Atónitos, ante el magno, audaz y casi inverosímil plan, aquellos hombres cuyas almas se habían templado en las duras realidades de la guerra, por unos instantes, no supieron qué pensar ni qué decir. De improviso, puesto de pies, con defectuosa pronunciación, el inglés Jaime Rooke, exclamó: “Señor, os seguiré con toda mi voluntad aún hasta el Cabo de Hornos”. Esta voz de aliento, en labios de un extranjero, decidió el consejo de oficiales. Y como en el pasaje del Gran César: La suerte fue echada! Todos aceptaron la colosal y desesperada aventura: Los soldados de las ardientes pampas, deberían transmontar los páramos helados de las cumbres andinas.

El 27 de mayo se inició la épica jornada. El 5 de junio —tras grandes dificultades— dos mil quinientos hombres cruzaban el Arauca y se acercaban a los linderos de los Llanos. Ya está el apellidado “Ejército de Pordioseros” en los territorios de la Nueva Granada. Y prosigue la marcha por esteros cubiertos de juncos donde el agua desbordada de los caños casanareños mojaba las cinchas de los jamelgos y cubría hasta medio cuerpo a los soldados de infantería que, impertérritos y estoicos, con armas y municiones en alto, atravesaban los pantanos. Por el Cravo Norte, así pasaron los “descamisados de la libertad”.

En su cuartel general de Tame, los recibe el General Francisco de Paula Santander. El acuerdo fue completo: Bolívar, como Capitán General; Santander, en el comando de las fuerzas de vanguardia; en la división de retaguardia José Antonio Anzoátegui, y en la Jefatura del Estado Mayor, el General Carlos Sou-

blette. Temeroso del paso de los Andes, había desertado, con su escudrón de húsares, el Coronel Juan Guillermo Iribarren.

Para cruzar la cordillera, a Bolívar y sus oficiales les correspondía escoger uno de estos tres senderos: el boquerón de Peñanegra, que conducía al valle de Tenza, o el páramo de Totilla, punto de ascenso a las regiones vecinas a la Laguna de Tota; o, finalmente, el páramo de Pisba, abierto a cuatro mil metros de altura, que permitía el paso a la población de Socha, y el valle de Chicamocha. Bolívar optó por el último. Era el más difícil de vencer, pero también el menos defendido por las guarniciones chapetonas.

El 27 de junio llega la retaguardia libertadora al caserío de Morcote, donde comienza el ascenso a los picachos inverosímiles de Pisba, mientras la vanguardia asciende por las serranías de Paya. En este sitio, como una gran estrella de 8 puntas y circuida de fosos, a la manera de los castillos medioevales, estaba el trincherón de Paya defendido por 300 hombres de Juan Tollrá. Santander ordena el ataque y la primera victoria sobre el enemigo, en suelo granadino, alienta el fervor de las tropas patriotas. Entonces, derrotados huyeron los peninsulares por el camino de Labranzagrande. En la acción se hicieron célebres el Coronel Antonio Arredondo al mando del Batallón "Cazadores", y Reyes, del escuadrón "Guías del General". Allí también dos bravos lanceros de las Queseras del Medio —los Tenientes Blanco y Curte— bañaron con su propia sangre los senderos de la libertad y rindieron el tributo de sus vidas a la Patria.

A pesar del exitoso episodio, en el seno del ejército patriota surgían serias resistencias, especialmente fomentadas por los contingentes venezolanos; además, escaseaban los víveres, las raciones de carne y las cabalgaduras; era misérrimo el vestuario de las tropas y la moral sufría serios quebrantos; a esto se sumaba el acceso increíble de los farallones rocosos de los Andes y, ante todo, la certidumbre de que todavía faltaba por vencer la peor parte del camino. El Libertador se vio precisado a reunir un consejo extraordinario de oficiales en el Llano de San Miguel: era menester adoptar una decisión fundamental y ésta era la disyuntiva: O se continuaba la campaña, o se retornaba a Venezuela. La elocuencia iluminada de Bolívar encontró franco apoyo en capitanes y soldados. Y se prosiguió la campaña. "En esta altura de los Andes no hay senderos —relata un cronista—; el terreno es rocoso y quebrado, sin más signo de vegetación que oscuros líquenes. El rumbo siempre se encuentra, porque lo marcan osamentas de hombres y animales que han perecido al atravesar el páramo con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucecitas plantadas por piadosas manos, en memoria de los que allí cayeron; en el suelo se ven los

despojos de sus equipos. La situación era realmente espantosa; sobre las cabezas se alzan enormes bloques de granito, y a los pies ábrense abismos que atraen. Nada turba el silencio, como no sea el grito del cóndor y el murmullo de arroyos lejanos; el cielo azul nos parece más cerca de nosotros. y aunque el sol no está velado por nube alguna, parece no tener calor y da una luz pálida, como la luna llena". (Hasta aquí el Cronista).

Entonces, vinieron los días temidos por Bolívar: la temperatura cada vez se hacía más fría; los soldados sin abrigo y mal alimentados sucumbían ante la naturaleza inclemente y medrosa; la lluvia era torrencial y la vegetación iba desapareciendo, mientras asomaban las aristas de las rocas hirsutas y afiladas que desgarraban los pies de los infantes y las pezuñas de los jamelgos; el aire se iba enrareciendo y la fatiga hacía más difícil la respiración. Entre tanto, las mujeres —amantes o esposas— que con heroica fidelidad acompañaban a las tropas, hacían prodigios atendiendo a los enfermos y animando a los desalentados caminantes, en forma que todavía maravilla y aterra. O'Leary cuenta con asombro, cómo una de ellas dio a luz en tan dramática travesía y " a la mañana siguiente —dice el General— vi a la madre con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón".

Este paso de los Andes se perpetúa magníficamente en el cuadro que concibiera el pintor Tito Salas: Aparece el Libertador con su larga capa inclinado y pensativo, sobre su caballo de batalla, en medio de un panorama desolador y lúgubre; la neblina propicia para pensamientos heroicos, ha hecho que el pintor, paradójicamente, proyecte en los nubes grises, un escenario de marcha triunfal; en primer plano, mujeres solícitas se inclinan sobre los cuerpos exánimes de aquellos descamisados sublimes; y también, en primer plano se advierten torsos desnudos con la carne rota por las flagelaciones: así también se vencía —por entonces— el rigor helado de los páramos. Y qué ironía: este paso de los Andes —tema propicio para cantores de gesta o cantores de epopeya— fue en la campaña libertadora de 1819; un prelude de definitivas victorias. Efectivamente, de este modo escribe Bolívar: "Apenas dí mis primeros pasos, de este lado de la cordillera —que divide el llano de los terrenos quebrados limítrofes con la provincia de Casanare— cuando oí resonar delante de mí bendiciones de unos hombres que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la libertad".

Concluído el paso de aquel calvario por los heroicos peregrinos, cambia el panorama: allí están Socha, Tasco, Gámeza, Corrales, Monguí y Tópaga sobre un paisaje de égloga campesina, risueño y amable. Ya en el propio corazón del Virreinato Granadino, los patriotas recibieron el apoyo entusiasta de sus gentes:

alimentos, vestidos, caballos, armas y gentes revitalizaron los ejércitos y también el ímpetu de las almas, que creyeron —desafiando a la muerte— en el dón profético del genio de la guerra.

Después transcurrieron las jornadas del Puente de Gámeza y el Peñón de Tópaga: los ríos Chicamocha, con el Monguí y el Gámeza, fueron testigos de la bravura de los nuestros, cuando —lanza en ristre— irrumpieron contra los extranjeros. El 10 de julio fue la hazaña y desde entonces, el apellido Reyes lleva el aditamento de "Patria"; y aquellos ríos, empurpuraron su linfa con la sangre de París, Arredondo, Gómez Loboguerrero, Alderete y muchos otros patriotas. Pero allí también, como en todas partes —impertérrito y vigilante— estaba Bolívar que todo lo había previsto y calculado. Además, ya tenía un caballo blanco reservado por Casilda —una heroína anónima— para un coloso presentido y podía sentirse invencible: Oh! Bolívar que aunas a tu concepción oracular, la esperanza también oracular de una mujer boyacense!

Del 12 de julio al 23, realistas y patriotas emulan en movimientos tácticos y ocupan los terrenos del antiguo marquesado de Surba y Bonza. Al fin, el Libertador se decidió a efectuar un audaz movimiento por oriente, hacia el Salitre de Paipa y camino del Pantano de Vargas. Pero Barreiro, tan activo como él, se dirigió a Paipa para interponerse entre las fuerzas patriotas y la capital del Virreinato. El éxito del hábil movimiento de flaqueo planeado por Bolívar, dependía de la rapidez de los ejércitos republicanos: Era preciso atravesar prontamente el Chicamocha. Y llega el 25 de julio. Hace exactamente 139 años, Bolívar había dispuesto sus contingentes contra Barreiro. Improvisadas balsas de saucés y de juncos permitirían el transporte fluvial de aquellos caballeros, Quijotes de la libertad. Muy temprano se dio comienzo a la acción. Sin embargo, manos inexpertas demoraron la construcción de las balsas y la travesía del río, e hicieron posible que se descubriese la estrategia patriota. Así, el comienzo, 40 de los nuestros, en la descubierta, fueron fácilmente ultimados en el sitio de Cruz de Murcia.

Tres mil hombres de Barreiro, aquel día, pudieron ocupar las mejores posiciones: este "Cerro de la Guerra" y este "Cerro del Cangrejo", fueron posiciones españolas; caballería e infantería peninsular, a su antojo, dominaron el escenario de la inminente contienda. Mientras tanto, allá en el picacho que lleva el nombre de Bolívar, el Libertador a la cabeza de dos mil quinientos valientes, acuerda con su Estado Mayor la táctica a seguir: reserva cerca de sí la caballería; despliega por su izquierda la infantería de Santander; y también por la izquierda y la derecha, los batallones "Rifles" y "Barcelona" bajo el dinámico comando del intrépido Anzoátegui.

A las 12 del día se traba el combate. El Cerro del Cangrejo es el objetivo de Anzoátegui, mientras el promontorio de El Picacho (hoy Cerro de la Guerra), corresponde a Santander; deben ellos desalojar a los batallones "Tambo" y "Numancia", "Dragones de Granada" y "Batallón del Rey". Entonces, por estas laderas —palmo a palmo— avanzaron los nuestros, enceguecidos de colérico empuje bajo las ráfagas de la fusilería española. Y aquí, por estas mismas laderas, heroicamente se derrochó la sangre! Santander logró llegar a la cima pero luego tuvo que retroceder. La jinetería peninsular, enarbolando lanzas proclamaba su victoria. Frente a la avalancha enemiga nuestros descamisados detroceden, pero siempre dando la cara al adversario. Y qué horror! Aún fltaba el galope certero de los quinientos del batallón "Dragones de Granada", y estaban, todavía intactas, las huestes del "Batallón del Rey". Para los españoles, la batalla estaba decidida: "Ni Dios me quita la victoria!", fue la convicción blasfema de Barreiro! Bolívar, pálido, presiente el desastre y por primera vez, con voz ronca, se le oyó decir: "Se perdió la batalla" Pero, oh milagro:

—"Cómo habrá de perderse, General, si ni yo ni mis hombres hemos peleado?"

Es Rondón! Es el mismo subconsciente de Bolívar. "Es un Patroclo redivivo, es el rayo robado a una tormenta para fraguar con él un Hombre, es la Venganza, es el Angel de hierro, es todo el ímpetu de la raza oprimida convertido en racha destructora", según la feliz descripción que de él hiciera Eduardo Torres Quintero.

Toda el alma de América —de la América hasta entonces irredenta— se hizo presencia en este Rondón que, desnudo sobre un potro cerrero y piafante como él, con una lanza, describió por estas laderas del Pantano de Vargas, el mejor capítulo de la epopeya americana!

Y valga la pena decir ahora que, aquel Rondón, no es el mismo Rondón puesto de pies, vestido y con charreteras que esculpió el genio intonso de un escultor en este momento; es el Rondón que todavía le falta perpetuar a la escultórica caballeresca del Nuevo Mundo! Es el Rondón con quien se hizo posible el designio Divino de poder venter, cuando ya todo estaba perdido, para decidir —antes que en Boyacá— un porvenir libre para los pueblos Indoamericanos.

Es el Rondón que comandó la carga de los Catorce! y es preciso que no olvideis sus nombres, porque ellos, desde sus tumbas, todavía podrían responder: ¡¡Presente!!

Coronel Juan José Rondón

Capitán Valentín García

Capitán Juan Mellao

Capitán Miguel Lara

Capitán Celedonio Sánchez

Capitán Domingo Mirabal

Teniente Pablo Matute

Teniente Pedro Lancheros

Teniente Cruz Paredes

Teniente Roso Sánchez

Subtenientes Saturnino y Bonifacio Gutiérrez

Subteniente Miguel Segovia, y

Sargento Pablo Segovia.

Estos son los nombres de los catorce caballeros que con sus lanzas destrozaron el poderío español; todos ellos mestizos; sangre nuestra; expresión de nuestra raza. Con la punta de sus lanzas escribieron con sangre la enseña de Bolívar: LIBERTAD! Caballeros, trompetas y tambores —con el transcurso de los años— deberían proclamar estos nombres para hacer resonar, por todos los ámbitos, nuestros mejores cantos guerreros, nuestros mejores himnos marciales.

En el espacio y en el aire, por mucho tiempo, resonará el jadeante impulso del tropel que se dispuso a vencer o morir en este Pantano de la Gloria.

Aquí, hace 139 años, las sombras de la noche cobijaron un sitio cenagoso y erizado de juncos, de juncos que se troncharon al paso raudo, casi diríase apocalíptico, de nuestros jinetes y de nuestros infantes que, impávidos, cruzaron y cayeron para rendir la ofrenda de sus almas puras y de su sangre cálida, ante el ara sagrada de la Patria.

Jaime Rooke —con su perfil de mármol— hizo honor a la "Legión Británica" y al través de sus venas rotas, con quinientos bravos más, complació a la muerte. Pero, también mil cadáveres realistas sembraron de luto estos collados. Por entonces, durante muchas noches también, no volvieron a croar las ranas ni alumbrar las sombras los cocuyos noctámbulos. Pocos días después vendría la acción del Puente de Boyacá; la prisión de Barreiro; el desastre total del ejército realista y la cobarde huída del Virrey Sámano de la capital del Virreinato.

Señores: Qué heroico suena todavía el pártē de victoria, en labios de Bolívar: "Soldados: Desde los mares que inunda el Orinoco hasta los Andes, fuentes del Magdalena, habéis arrancado

catorce Provincias a legiones de tiranos, enviados de Europa, a legiones de bandidos que infestaban la América; y estas legiones, destruidas por vuestras armas, preceden el carro de vuestras victorias.

“Soldados: Vosotros no erais doscientos cuando empezásteis esta asombrosa campaña; ahora que sois muchos millares, la América entera es teatro demasiado pequeño para vuestro valor. Sí, soldados; por el Norte y Sur de esta mitad del Mundo derramareis la libertad. Bien pronto la capital de Venezuela os recibirá por la tercera vez, y su tirano ni aún se atreverá a esperaros. Y el opulento Perú será cubierto a la vez por las banderas Venezolanas, Granadinas, Argentinas y Chilenas. Lima quizá abrigará en su seno a cuantos libertadores son el honor del Nuevo Mundo.

“Soldados: Millares de combates gloriosos os dan derecho para esperar otros millares de triunfos, llevando en vuestros estandartes por divisa: BOYACA!”

Muchas gracias.

Tunja, julio 25 de 1958.

Max López Guevara



DISCURSO

pronunciado por el Académico señor don ENRIQUE MEDINA FLOREZ, en la Sesión Solemne de la Academia Boyacense de Historia, el 6 de agosto de 1958, con motivo del aniversario de la fundación de la ciudad de Tunja, acto patriótico verificado en el Palacio Municipal.

Señor Gobernador del Departamento, señor Presidente de la Academia Boyacense de Historia, señor Alcalde Mayor de la ciudad, señoras, señores:

Cuando la honorable Academia Boyacense de Historia me hizo el honor de encomendarme su vocería en esta solemnidad, recordé haber oído tantas y tan hermosas descripciones del momento en que Don Gonzalo Suárez Rendón a nombre del Rey de España e invocando el nombre de Dios, fundara a Tunja, que acogiéndome a vuestra probada benevolencia, resolví hacer unas consideraciones cortas en extensión y sustancia sobre el trágico momento histórico en que dos culturas, la aborígen y la hispánica, confluyeron como dos ríos, turbulento y heroico el uno, apacible y cansado el otro, en un recodo de los siglos, creando el panorama social y cultural en que ahora vivimos. Creo que el fragor épico del primer encuentro resuena como algo lejano en nuestro espíritu, pero creo asimismo que las hondas convulsiones que aún agitan estas latitudes, arraigan en gran parte en los antecedentes de la Conquista y la Colonia. La fuerza telúrica del paisaje americano nos imprime una dirección temperamental y la cultura cristiana de Europa nos da diferentes caminos. Hallar la fórmula de armonía entre las dos es la tarea de las generaciones actuales. Por ello me detendré un instante en la aclaración de algunos conceptos que aún sobreviven tocantes a la providencial misión de España, cuyo destino fue el de troquel donde se moldearon los pueblos americanos.

El episodio que hoy conmemoramos no puede evocarse como una formal y fría referencia de la historia hispanoamericana, como otra fecha entre el acervo de efemérides de nuestro drama racial. Esta debe evocarse tan alucinadamente como fue vivida por sus

protagonistas, pues creemos que los momentos épicos de un pueblo no solo son fruto de calculados intereses, materiales ambiciones y mandatos de la lógica histórica, sino imperativos del místico instinto que guía el alma de las naciones al través de las edades. Desde la costa atlántica avanzaron por la selva las tropas hispánicas bajo grotescas indumentarias de hierro y harapos, mas los alentaban corazones de niños heroicos. El hombre del Renacimiento es un niño como lo han sido los hombres de todos los períodos épicos. Las más poderosas fuerzas culturales y civilizadoras encarnan siempre en generaciones aventureras, entusiastas, que tienen un sentido en cierta forma lúdico y deportivo del existir. El hombre hispánico de aquellas edades sabía entusiasmarse por varias maneras: religioso hasta el delirio, enamorado hasta la muerte, guerreador sin fatiga, ambicioso de riquezas ilimitadamente. Toda virtud y todo defecto en ellos fue exuberante y al enjuiciar sus actos debemos enfrentarlos con ojos adecuados al tamaño de sus objetivos, a las modalidades de su época y a sus propios instintos que eran los de hombres "guerreros hasta los tuétanos", como lo expresa tan gráficamente Rómulo Carbia en su "Historia de la Leyenda Negra Hispanoamericana". Tales son los hombres que invaden el Nuevo Mundo, el de las lagunas encantadas, el de las cordilleras auríferas, donde brotan ciudades de la indígena selva como animadas por un espíritu de arcaica pesadilla. El continente de lo desmesurado y paradójico donde flora y fauna forman un panteón de absurdas deidades, donde los dioses indígenas son seres emplumados como el Cuculcán de los Mayas y el Quetzalcoatl de los Aztecas o monstruos velludos como el Fomagata de los Chibchas. Hé aquí que el guerrero místico de Europa viene a encontrar verdaderas las creaturas de apocalipsis con que decoró sus catedrales del Medio Evo, halla los volcanes estruendosos y el silencio de las llanuras en sobrecogedor contraste. Este suelo de América fue hollado por una raza nueva que trepó de los litorales a los riscos rocallosos. Así lo expresa Garcilaso el Inca: "Los españoles después de descubrir el nuevo mundo, andan tan afanosos de descubrir nuevas tierras y otras más y más nuevas, aunque muchos de ellos estaban ricos y prósperos. No contentos de lo que poseían ni cansados de los trabajos, hambres, peligros, heridas, enfermedades, malos días, peores noches que por tierra y por mar habían pasado volvían de nuevo a nuevas conquistas y mayores afanes para salir con mayores hazañas que eternizasen sus famosos nombres".

Y erran quienes consideran que el móvil único de la empresa española en América fue el oro, si criollos como Garcilazo el Inca y una brillante nómina de cronistas, atestiguan que a la par de oro algo más alto los movía. Tal fue la raza infantil y terrible que se lanzó sobre las tierras de América, raza vestida de hierro

y que hablaba un lenguaje de ángeles! Raza contradictoria de espíritus ascéticos y cuerpos veleidosos, reflexiva y picaresca, muy capaz de morir por su Dios pero también de jugarse la vida y la muerte por una presea de oro! El oro, metal litúrgico y a la vez demoníaco, ejerce imanado poder sobre esta raza que a ella se parece por su doble faz, por su contradictorio simbolismo!

Entre los clérigos caritativos, los soldados licenciosos, los escribanos alegres de la Conquista, se habla de "El Dorado", del agua de la Eterna Juventud, del Pueblo de las Amazonas, de yerbas mágicas cuyos zumos resucitaban muertos o los conservaban incorruptos por siglos. Ha nacido un nuevo ciclo de fábulas. Hay fiebres colectivas que producen colectivos delirios, tales delirios son los mitos y tales fiebres son la juventud de las naciones. ¡Ay de los pueblos solo entregados a un frío raciocinio, pueblos que renuncian a soñar en grande y se tornan pueblos caducos y avaros; ya no los arrebatara ningún huracán del espíritu y comienzan a contar sus monedas, gesto que antecede fatalmente a la ruina total de los hombres!

Los cruzados de la conquista son de diversa condición: Los hay de un desinterés tan exagerado como el de Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, quien acaso sin quererlo y por defender a los indios, fue causante de la leyenda negra contra España al dar a conocer su "Brevísima relación de la Destrucción de las Indias". Don Marcelino Menéndez y Pelayo en sus "Estudios de crítica literaria" dice de Fray Bartolomé: "La grandeza del personaje no se niega, es grandeza rígida y angulosa, más de hombre de acción que de hombre de pensamiento. Sus ideas eran pocas y aferradas a su espíritu con tenacidad de clavos; violenta y asperísima su condición; irascible y colérico su temperamento; intratable y rudo su fanatismo de escuela; hiperbólico e intemperante su lenguaje, mezcla de pedantería escolástica y de brutales injurias. La caridad misma tomaba un dejo amargo al pasar por sus labios".

Reconozcámoslo con franqueza hispánica: Muchos conquistadores fueron vencidos por el mito tentador del Dorado, que a sus mentes aparecía como algo fácilmente convertible en doblones, fama, holgura. Mas no todos fueron de tal pergenio moral y en cambio la raza española se desangró toda en la empresa de traer la cultura cristiana, única que hace al hombre ciudadano del universo. No hay leyenda más negra que la escrita con el fin de pintar a los piratas antihispánicos como filántropos señores. Ramiro de Maeztu dijo: "Los españoles no nos hemos creído nunca un pueblo superior, nuestro ideal ha sido siempre trascendente a nosotros. Lo que hemos creído superior es nuestro credo en la igualdad esencial de los hombres".

Así, ebrios de mito, transportados por la fe, pensando a la vez en el cielo y la tierra, acometieron los soldados de Castilla la empresa contradictoria de fundar ciudades para el Rey, bautizar indios para hacerlos legatarios del cielo y arrancarles sus tierras que Jesús ha prometido a los mansos. Mas piénsese en el destino del indio americano si otros hubieran sido los conquistadores: ¿Alguna raza nórdica u oriental? Razas que construyen una filosofía a posteriori para justificar las ejecutorias de sus instintos aviesos!

Razas que practican el frío genocidio —ahora en época de derechos humanos—, después convierten tal delito en tema sensacional de la prensa, en seguida prohíben a otros pueblos emplear el genocidio y finalmente emplean el aparato de la propaganda para pintar al pueblo genocida como abanderado de la paz niversal. Esta es la leyenda blanca del ateísmo frente a la leyenda negra de los pueblos deístas. Los pueblos como España, que creen en una justicia superior a la humana, se preocupan más del ser que del parecer. Que fallaron sus oidores y virreyes? Sí, pero su legislación de Indias era justa. ¿Que hubo abusos en la conquista y la colonia? Sí. Y también abundantes acusadores criollos e hispanos que denunciaron ante la Corona los hechos punibles y en más de una vez el Rey hizo justicia.

Juzgando el hecho histórico de la conquista de América por la España renacentista, consideremos que todas las empresas humanas llevan en sí la trágica pugna entre el instinto y la razón y que el espíritu de cada época conlleva imperativos diferentes, Como el de la edad contemporánea es convivir, el de aquella edad fue dominar. En esto rivalizaron nórdicos y latinos y orientales. La España del Renacimiento fue el epicentro de la política europea: Hizo grandes favores a la cultura cristiana y cometió también desaciertos. Suplantó las culturas autóctonas de América por un nuevo patrón cultural y un nuevo tipo humano. Mas si hubo desaciertos por parte de la gente que trajo una nueva cultura, aún es tiempo de rectificarlos: Quedan vastos sectores raciales nativos sin amparar por la cultura cristiana. El tiempo de la recolección no ha llegado aún para Hispanoamérica. ¿Por qué llorar ante las ruinas de los adoratorios precolombinos en lugar de recordar que los pueblos legatarios de la tradición cultural indígena están junto a nosotros, en inmensas zonas rurales, esperando como protoplasma de una raza nueva, la acción decisiva de la Cultura Cristiana?

La empresa de la transculturación de América no ha terminado todavía y estas ciudades que se fundaron bajo el signo afirmativo del Amor, son como castillos de cruzados en un mundo herido de materialismo, y el rito de remembranza épica que ahora celebramos cobra un simbolismo que nos urge restaurar: Que

cada nuevo aniversario de esta ciudad hidalga sea un paso más en la tarea de imprimirle un auténtico sentido heroico y cristiano a nuestro Nuevo Mundo. No hay ciudad de la América hispana donde no tenga resonancia el ideal de ver en algún día venturoso unidos nuevamente bajo un grande y único escudo, los pueblos a quienes atan lazos imperecederos.

Nada tenemos que pedirle a España como estado moderno para realizar este gran sueño que acaso no tiene cabida dentro de las pequeñas pautas mercantiles que hoy se hurtan todo el fervor creativo de las generaciones vencidas por el mito del oro. Mas evoquemos la voz admonitoria de los grandes capitanes que nos trajeron de España la Cruz orientadora, y fiemos en el mandato de eternidad que aún resuena en nuestro espíritu.



Panorama de la Campaña Libertadora de 1819

DISCURSO pronunciado por el Vicepresidente de la Academia Boyacense de Historia, don LEANDRO MIGUEL QUEVEDO G., en el Puente de Boyacá, el 7 de Agosto de 1958.

La Academia Boyacense de Historia, siempre atenta a la celebración de nuestras efemérides gloriosas y a hacerse presente en los aniversarios y sitios de la patria, me ha hecho el honor de que, como su representante, diga algunas palabras en este lugar sagrado de Colombia, en la fecha magna de nuestra libertad.

Aquí terminó la campaña libertadora de 1819 después de larga, pausada y penosa marcha a través de los Llanos orientales y las inhóspitas alturas de las montañas; a ella quiero referirme en esta mañana de conmemoración:

Este Puente de Boyacá, nido de las águilas de la libertad, semillero de glorias y triunfos que florecieron luego en Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho! Aquí, tras largo vuelo, llegaron en busca de la presa anhelada tres cóndores altivos; su mirada iracunda se había extendido sobre el espacio inmenso; sacudieron las alas desafiantes, esponjaron la gorguera imperial, y sus garras coléricas despedazaron las carnes del León de Iberia y desflecaron el orgullo de los pabellones de Castilla.

A este lugar, después de larga y obstinada lucha, llegaron a cubrirse de gloria los tres Capitanes de la magna epopeya: el granadino Santander, el barcelonés venezolano Anzoátegui y el caraqueño soñador, Bolívar.

Al fin cóndores de alturas ideales, con la pupila abierta al infinito, contemplaron el llano y las montañas e iniciaron el vuelo majestuoso para venir a conformar el nido de la libertad sobre los Andes granadinos en este lugar santo, consagrado desde entonces como emblema de una redención.

El aciago año de 1816 venía marcando el paso de Calzada y de La Torre tras las huellas de García Rovira, Serviez y Santander por los valles de Ocaña y las breñas del Socorro y Cachirí.

Ya estaba marcado el desastre de los republicanos.....

Entonces los Llanos orientales de la Nueva Granada ofrecieron asilo a unos pocos jefes republicanos que entreveían en aquellas vastas llanuras una esperanza de resurgimiento y de acción. Allá fueron Santander y Serviez portando la tea moribunda del patriotismo y encendieron la llama en el pebetero de la patria; juntaron los dispersos focos que allí aún alumbraban la esperanza y con ellos prendieron la llamarada incontenible que incendió corazones, transmontó cordilleras e iluminó el sendero de la patria libre.

Epopeya magnífica que se inicia a través de los llanos inhóspites con un ejército de valientes que formara con ingentes esfuerzos el genio granadino de la victoria, el fervoroso patriota que desde 1810 había dejado los claustros bartolinos para ingresar entre los iniciadores de la emancipación; y ahora en 1819, con el grado de General de Brigada, y en colaboración a los planes de Bolívar, prepara en los Llanos de Casanare la Vanguardia de los Conquistadores de la Libertad. En Tame, unidas sus tropas con las venezolanas de Anzoátegui y Soublotte y las británicas de Jaime Rook, inicia como Comandante de avanzada la penosa marcha de aventuras, comparable apenas a las ingentes y laboriosas expediciones bélicas de Aníbal y de César al transmontar los Alpes. Sobre su caballo expedicionario, el Aníbal de América habría extendido el brazo para indicar el camino a seguir y señalar los destinos de una nueva era.... Y por allí se fueron.... Y con ellos las caballerías de los lanceros araucanos y apureños tras de sus Capitanes Rondón y Mellao, Mujica e Infante y los batallones Rifles, Barcelona, Bravos de Páez y Legión Británica acaudillados por Sanders, Plaza, Cruz Carrillo y Rook, con Pedro Fortoul, Antonio Arredondo, Antonio Obando, José M. Cancino, Ramón Guerra y Joaquín París; estos dos últimos comandantes apenas llegaban a los 24 años.

La rígida autoridad del Comandante de Retaguardia, General Anzoátegui, marcaba el paso de las tropas por los llanos, los riscos y los ventisqueros con la impasibilidad de un espartano.

Largo y penoso desfilar.... Parecía un cuadro de los tiempos homéricos: soldados y oficiales, infantes y jinetes, atados por el mismo sentimiento de un ideal grandioso, uncidos unos tras otros, halaban con esfuerzo supremo del carro de la libertad.

Legión gloriosa a cuyo paso por esteros y charcos, ríos y montañas, vicisitudes y esperanzas, nació la patria. Y allí, por todas partes, desde la vanguardia hasta la retaguardia, la figura qui-

jotesca del jinete de la victoria, el gran Bolívar, que animaba con su palabra a los desfallecientes y avivaba el patriotismo en todos, exaltando los beneficios y las bellezas de la libertad. Era el estandarte que sacudía las almas y hacía olvidar con estoicismo las penalidades de la marcha para seguir sonrientes tras de él.

Entre truenos y relámpagos, huracanes y lluvias, iba a hacer la promulgación de la Ley libertaria sobre el tremendo Sinaí del Pisva. Traía dentro del arca santa de su pecho el sello de la venganza y de la emancipación.

Setenta días de marcha mortificante y penosa desde Mantecal a través de la ilímite llanura inundada, cruzada por ríos y caños caudalosos, sin fuego porque no había lugar seco para prenderlo, los músculos escuetos golpeados por la lluvia tenaz, amparados apenas la cabeza por la gorra de moriche, y el fusil resguardado bajo las hilachas de la camiseta o del guayuco. Los caballos de los lanceros del Apure chapoteaban los charcos, con el belfo caído, buscando una brizna de pasto entre las aguas.

Así, días interminables y noches de insomnio y de desvelo a través de las pampas; como tributo a su osadía, comenzaban ya a quedarse rezagados a la vera del camino algunos enfermos.

Ratos, solo ratos de descanso a lo largo de la llanura, en Guasqualito, Arauca, Betoyes, Corozal, Tame, Pore, Nunchía hasta llegar a Paya, de cuyos desfiladeros, en duro y temerario esfuerzo, lograron los valientes soldados de Arredondo y París desalojar a 300 españoles de Tolrá, puestos allí por Barreiro para impedir la marcha de los republicanos. Este primer encuentro con el enemigo fue un gran estímulo que confortó los ánimos y los cuerpos de los anhelosos luchadores patriotas. Ya se sentían muy cerca del enemigo, ya nada ni nadie podría impedir el éxito de sus esfuerzos y penalidades; se desquitarían de su inacción guerrera de tantos días en que no habían luchado sino contra la naturaleza.

Este ánimo y esta esperanza fueron la razón para que la oficialidad patriota rechazara de plano en el Llano de Miguel, la proposición de desandar el camino para penetrar por otro lugar a la Nueva Granada.

Ante ellos se levantaba cómo un ogro encapotado y huraño el risco inmenso e impenetrable del páramo de Pisva, con sus fríos intensos, sus nevadas constantes y su llovizna tenaz que mordería las carnes amoratadas y desnudas del llanero. No obstante, en la Junta convocada por el Libertador para deliberar sobre la continuación o aplazamiento de la empresa, se oyó la voz determinante de Santander y Anzoátegui y otros oficiales, que conceptuaron continuar adelante; morir en lucha cuerpo a cuerpo con el espa-

ñol y no caer derrotados por el frío y la inclemencia entre los ventisqueros de la cima; comenzar cuanto antes el ascenso de la cordillera y caer sobre Barreiro al transmontar la altura.

Escribir con las banderas triunfadoras en el cielo de la Nueva Granada la epopeya del triunfo.

Acaso sus soldados no eran todos hombres resueltos y valientes, capaces de las mayores proezas? Para ellos no podía ser obstáculo ni la altura física ni el frío intenso, ni la opacidad de la niebla que cerraba el camino. ¿Acaso no tenían el alma templada al calor de la patria y del recuerdo de sus próximas proezas pasadas en Guárico y Apure, y el ánimo resuelto para remontar otras alturas hasta coronar las cimas de la gloria?

Entonces. . . . ante la resolución tan intrépida y valerosa de sus oficiales, se oiría la voz caudillante del César de los Andes: **ALEA JACTA EST!**

En la vanguardia y en la retaguardia, de inmediato, las voces de mando rompieron el silencio de la pampa, transmitidas de las divisiones a los batallones y de los batallones a las compañías, y comenzaron las tropas a desfilar cuesta arriba por entre cortinajes de neblina y oleadas de frío y de llovizna. . . . Los capotes de Santander y Anzoátegui enmarcaban los extremos del desfile siniestro; ululaban los vientos que venían de la sierra y azotaban los rostros inclinados de aquellos soldados silenciosos que marchaban penosamente con el fusil bajo el brazo y el pensamiento preocupado y enjuto. Tal vez en momentos aciagos de máximo desaliento, volverían los ojos entristecidos y opacos hacia atrás, a sus llanuras ilimitadas que dejaban, en donde el sol siempre calienta y alegra la vida.

Muchos fueron cayendo en el camino o rodando a los abismos a lo largo de aquel viacrucis tenebroso.

Pero al atardecer del día tres de julio, el primer batallón de vanguardia, el Cazadores de Antonio Arredondo, hizo su entrada a Socha, a donde llegó también el Libertador con el Estado Mayor el 7 del mismo mes. Irrumpían en el centro mismo de las posiciones que ocupaban las tropas de Barreiro.

Tierra de promisión fue Socha, centro de citación patriótica a donde afluía de todos los poblados y de todos los campos el elemento humano a conocer al Libertador y a ofrecerle sus servicios; campesinos boyacenses que iban a respirar humos de libertad al lado de Bolívar, de Santander y Anzoátegui, después de tres largos años de opresión y de miedo. Por todos los caminos, por colinas y valles se veía un continuo desfilar de hombres y mujeres con ropas, frazadas, alimentos, vituallas, caballos y jinetes.

A "Los Aposentos de Tasco", cuartel del Libertador, llegaron a ofrecer sus servicios a la patria, entre los primeros, y a enrolarse en las tropas libertadoras, con 27 caballos y 80 hombres,

algunos hijos de familias distinguidas de Tunja, Toca, Santa Rosa y Tibasosa, tales como el doctor Andrés M. Gallo y sus hermanos Fernando y Manuel, don Cayetano Vásquez, hijo del ilustre prócer del mismo nombre sacrificado por Morillo en Tunja en 1816, y unos jóvenes Castillos, Peñas, Combarizas y Mariños, enviados por sus propios padres para el servicio de la patria.

En esta Provincia de Tunja, aquende la trágica cordillera que había devorado más de 100 soldados de retaguardia, comenzaron las tropas a sentir los halagos de la confianza y la seguridad en la empresa que se habían propuesto. Aquí comenzó a destacarse el concurso moral y material del pueblo boyacense, siempre generoso y altivo, siempre el primero en contestar a lista ante las llamadas de la patria.

“Los tres pueblos que hemos ocupado hasta ahora, nos han recibido con demostraciones de gozo y mucho entusiasmo por la libertad. Nadie ha emigrado y todos prestan gustosamente los auxilios que se les piden”, escribía el Libertador desde Socha al General Soublotte, retrasado entonces por las penalidades que venía sufriendo la Legión Británica en el paso de Pisva.

El 13 de julio, desde Tasco, le comunicaba al Vicepresidente Zea: “Los españoles temen tanto al ejército como al pueblo, porque de muchos pueblos distantes del centro de mis operaciones han venido a ofrecer cuanto pueden para el servicio del ejército. Todos arden por vernos triunfar. De muchas leguas a la redonda vienen los principales ciudadanos a ofrecer sus personas y sus bienes para nuestro servicio.”

Razón tuvo el Libertador para proclamar más tarde a Tunja como el **Taller de la Libertad!**

De Socha comenzó el cortejo de triunfos de los libertadores. Allí no más en Sogamoso, envanecido por la pericia militar de sus infantes y dragones, considerándose invencible, lanzaba Barreiro su temeraria frase petulante e irónica para dar confianza a sus huéspedes: “Nada podemos ni debemos temer de ese ejército de descamisados que vienen de los llanos a ponerse al alcance de nuestras armas vengadoras.”

No sabía él, no podía comprenderlo, que dentro de aquellos cuerpos desnudos y ateridos se mantenía viva y desbordante la llama del ideal que desde Venezuela venían alimentando con fervor y pasión a través de los llanos y las sierras, para encenderlo en el altar de la patria sobre el propio corazón de la Nueva Granada; ni sabía que las callosidades de los puños llaneros apretaban ahora con lujuria de venganza las lanzas deseosas que habrían de hacer tragar el polvo de la derrota a sus dragones invencibles en los campos de Vargas y de Boyacá. . . .

Primero los encuentros de Gámeza, Corrales, Tópaga y Bonza, y luego, tras la atropellada de los quince jinetes de Rondón que abollaron las lanzas contra los pechos de los escuadrones de Barreiro en Vargas, vino el éxito final en estas breñas que sintieron el rugido de España moribunda y el grito de hosanna de un pueblo que nacía a la vida independiente. Bolívar había cumplido su propósito y recibido de Palas Victoriosa la corona del triunfo. De un solo tajo, al final de la campaña memorable, había roto con su espada invencible el nudo gordiano que nos ataba a España.

El 7 de Agosto de 1819 fue el día más meritorio y glorioso en la carrera militar de los dos jefes divisionarios de vanguardia y retaguardia, el granadino Santander y el venezolano Anzoátegui. Ellos habían conducido las huestes libertadoras desde los llanos orientales sin dejarlas desfallecer. Y aquí en el campo de acción de la pelea, cada uno desde su puesto de comando, deslumbró la visión de la historia con su comportamiento de héroes vencedores en la batalla máxima, batalla que hizo exclamar al Pacificador Morillo: "Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campañas, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates".

Siete de Agosto de 1819, culminación de glorias al final de una campaña asaz mortificante y azarosa, triunfo de una esperanza que caminó descalza, desnuda y vacilante por entre inundaciones y peñascos; gloria de nuestros padres libertadores y sol que iluminó la cuna de esta nuestra patria Colombia. Aquí marcó la historia con el compás incierto de los tiempos el centro periférico de las grandes hazañas que dieron luego libertad a América.

Aquí las espadas vencedoras de Bolívar, de Santander y Anzoátegui se cruzaron en pabellón de armas que cubren desde entonces el ara santa de la libertad.

Leandro Miguel Quevedo G.



PAGINA INDIGENISTA

Por RAMON C. CORREA

NOMBRES CHIBCHAS

- Aquiminzaque**, último Zaque de Hunza, Tunja.
- Bácota**, Cacique de Cheva.
- Bachue**, madre de los indios chibchas. También significa "mujer buena".
- Boche**, Cacique de Socha-viejo.
- Bochica**, dios mitológico de los chibchas. Abrió con una vara de oro el Salto de Tequendama. Significa "Regio manto de luz".
- Bunangay**, hermana de Nompanín, Cacique de Sogamoso. A la muerte de este soberano, Bunangay entró a gobernar la Provincia Sagrada de Iraca. Fue mujer de muchas virtudes.
- Cachavita**, Cacique de Cheva.
- Cucas**, Seminarios donde eran educados, desde pequeños, los Jeques o Sacerdotes.
- Cunchaviva**, dios del Arco Iris. Significa "Aire resplandeciente".
- Chaqué**, dios de las carreras y pugilatos.
- Chía**, Luna.
- Chibchacum**, dios de los temblores y terremotos.
- Chiminigagua**, en donde estaba la luz, dios creador y omnipotente, enviado de Dios.
- Chyquy**, Sacerdote.
- Chiribudes**, Cacique Mayor o Cacique Ura, de Cheva.
- Fonzaque**, nieto del Cacique de Ramiriquí.
- Garanchacha**, nieto del Cacique de Ramiriquí. Significa "Varón de las caras".
- Guaicaní**, Cacique de las regiones de Güicán.
- Guahaioque**. El demonio.
- Güi**, esposa.
- Güecha**, soldado valiente.
- Hogamora**, Cacique de Cheva.
- Hunzahúa**, primer Zaque de Hunza, Tunja.

- Hunza**, que en lenguaje chibcha quiere decir "Tunja",
Idacanzas, "luz grande de la tierra".
Michua, Zaque de Hunza, Tunja.
Marravita, Cacique de Cheva.
Moxa, víctima chibcha.
- Nemcatacoa**, el dios baco de los chibchas, deidad de la embriaguez.
- Nemequene**, hueso de león, Zipa de Bacatá.
- Nemqueteba o Chiminsapagua**. "Enviado de nuestro Dios o enviado de nuestro padre".
- Nompanim**, vasija de león. Cacique.
- Quimuinchatecha**, Zaque de Hunza, Tunja.
- Quimuinza**, nombre del pequeño valle situado al norte, no lejos del cercado del Zaque de Hunza, Tunja. En esta ciudad hay un teatro llamado "Quiminza". Este nombre fue castellанизado. El propio título indígena debe ser "Quimuinza".
- Remichinchagagua**, dios principal de los chibchas.
- Ruenaga**, Cacique de Cheva.
- Súa**, traduce en idioma chibcha, Sol.
- Sachigua**, "padre nuestro".
- Sadigua**.
- Sagipa**, Zipa de Bacatá.
- Saguanmachica**, Zipa de Bacatá.
- Saravita**, río que nace en la laguna de Fúquene.
- Sie**, agua.
- Suativa**, "Capitán del Sol".
- Suamox**, "morada del Sol".
- Sugunmunxe**, hombre que se halla invisible.
- Sugunsúa**, hombre que desaparece.
- Tetavita**, Cacique de Cheva.
- Tigüi**, mujer.
- Thisquesusa**, Zipa de Bacatá.
- Tintoba**, Cacique de Cheva.
- Tomagata**, Zaque de Hunza, Tunja. Significa "fuego". El historiador Padre Simón dice: "Thomagata, espíritu maligno, símbolo del mal, monstruo de un ojo, cuatro orejas y una cola larga, que viajaba por los aires entre Sogamoso y Tunja y convertía a los hombres en lagartos, serpientes y tigres". Tomagata, también significa "masa que hierve".
- Zuhe**, luz viva.

APELLIDOS INDIGENAS

Abahunza
 Achagua
 Aunta
 Auzaque
 Boza
 Cachope
 Carabuena
 Candela
 Cenchacique
 Cicua
 Corba
 Cipamocha
 Cocumbo
 Comba
 Concanchon
 Coyza
 Cubaque
 Cuca
 Cuchía
 Cuchanga
 Cuchivague
 Cuchimaque
 Cuida
 Cujavante
 Curmen
 Cuspoca
 Chicino
 Chicote
 Dotor
 Ducón
 Fagua
 Fache
 Faora
 Fúneme
 Fuquen
 Gacha
 Gachagoque
 Gambasica
 Gantiva
 Giratá
 Guichamoncha
 Goque
 Guanavacoja
 Guataquil
 Guayacán
 Guayacundo
 Guasgüita
 Guamán
 Guanúmen
 Guauque
 Guáquida
 Guáqueta

Guatibonza
 Guchubo
 Hasta morir de fucha
 Igua
 Izaquita
 Joya
 Moque
 Motiva
 Murte
 Nausane
 Nauzán
 Nengua
 Nempeque
 Nore
 Nonsoque
 Noy
 Numpaque
 Oica
 Pacanchique
 Pacativa
 Pacateque
 Pacavaquín
 Pataquiva
 Piracoca
 Pirachicán
 Pacavita
 Pira
 Pirabaque
 Piracón
 Piraján
 Pirazán
 Piraquive
 Pirateque
 Piratoba
 Pocarropa
 Pongutá
 Quemba
 Quiazúa
 Quinchanegua
 Raba
 Rabón
 Rátiva
 Riscanebo
 Runchoque
 Saidiza
 Sarna
 Senejoa
 Sianchó
 Sichaca
 Simba
 Sinrropa
 Sipazuca

Socongocha
 Soraquita
 Tabaco
 Tebar
 Tibaduisa
 Tibambre
 Tibaquirá
 Tibocho
 Tiusabá
 Tobasura
 Tocarruncho

Tunarrosa
 Uchamocho
 Ubaque
 Umba
 Unriza
 Unumpaque
 Vianchá
 Ventura
 Yaya
 Zauque
 Zarabanda



PROPOSICION

aprobada por unanimidad en la Sesión Solemne
del 12 de Octubre de 1957

La Academia Boyacense de Historia, teniendo en cuenta que una de las características que le da importancia histórica a esta noble, culta y legendaria ciudad de Tunja, y que hace que llame la atención, de los visitantes y turistas, es primeramente su aspecto colonial, sus monumentos antiguos y sus reliquias históricas,

Acuerda:

- a) Hacer una excitación a las autoridades a quienes corresponda para que dicten algunas providencias, en el sentido de que cuando haya que refaccionar algún edificio de estilo colonial, el interesado procure, hasta donde sea posible, conservarles esa propia fisonomía, al menos en sus lineamientos generales, para contribuir así a la uniformidad y armonía del conjunto urbano.
- b) Presentar como modelos en su género y como dignos de aplauso y de reconocimiento por parte de la ciudadanía, entre otros, los bellísimos edificios del nuevo Palacio Episcopal, del Club Boyacá, de la casa del Escribano don Juan de Vargas y la llamada Residencia Colonial, y consignar en las actas de la Academia, su voz de congratulación y de aplauso a los iniciadores y ejecutores de las mencionadas obras que dan especial lucimiento a la ciudad capital boyacense.
- c) Hacer un llamamiento a quienes posean obras de arte antiguo, para que las denuncien a la Academia de Historia, a fin de que esta Corporación tome nota y forme una estadística, y pueda contar con ellas para cuando se lleve a cabo una exposición.

- d) Interesar al Gobierno Departamental y Municipal y a la Sociedad de Mejoras de la ciudad, para que de acuerdo con esta Academia de Historia se promueva la fundación de un Museo arqueológico, para lo cual podría utilizarse el terreno adyacente a la casa del Escribano don Juan de Vargas. Allí podrían reunirse todas las reliquias históricas que yacen esparcidas en diversos lugares del Departamento en completo olvido y descuido.
- e) Interesar a la Sociedad de Mejoras Públicas del Departamento para que donde existan edificios de arte colonial o de algún valor histórico como en Leiva, Monguí, etc. y que se encuentren en estado de abandono sean refaccionados por las entidades a quienes corresponda, antes de que se destruyan por completo.

Presentada a la consideración de la Academia por el socio de Número Canónigo

Ignacio A. Vargas Torres



Las incidencias de un viaje de Cartagena a Santafé.

COMO VIAJABA UN VIRREY DEL NUEVO REYNO DE GRANADA
EN LA EPOCA DE LA COLONIA

MUERTE DEL VIRREY DON JUAN DIAZ PIMIENTA

(Documento tomado del Archivo General de Indias de Sevilla,
por el doctor ULISES ROJAS)

(Audiencia de Santafé, legajo número 1.257).

**"Diario de la subida por el Río de la Magdalena del Excmo. Sr.
Virrey don Juan Díaz Pimienta y lo ocurrido hasta
su fallecimiento**

El día 24 de marzo a las 6 y media de la noche llegó a Cartagena una balandra francesa procedente de La Habana con pliegos del Excmo. Sr. Don Bernardino de Galvez para el señor Flórez en que le decía su arribo al Gobierno donde esperaba se le uniesen sus tropas para continuar las operaciones que le tenía indicadas en unión de los franceses y remitiéndole al mismo tiempo unos pliegos de la Corte que acababa de recibir. En ellos venían otros para el señor Gobernador de esta Plaza don Juan Díaz Pimienta y abiertos por uno y otro (que la casualidad hizo se hallaren juntos) se supo haber concedido el Rey al señor Virrey don Manuel de Flórez el relevo que había repetidamente solicitado y el permiso para que regresase a España a continuar su mérito como Teniente General de Marina, nombrando por su sucesor en este Virreinato al Excmo. Sr. Don Juan Pimienta para que lo sirviese interinamente con la mitad del sueldo señalado a este empleo y retención del que tenía como Gobernador cuyo empleo debía conservar nombrando un Oficial del Ejército de su entera confianza a quien encargara este mando, pero quedando él siempre con la responsabilidad al Rey de la Plaza y Provincia y

dándole otras órdenes e instrucciones para atender a la pacificación de las alteraciones experimentadas en este Reino. Ambos Jefes tuvieron en esta providencia una completa satisfacción, el señor Flórez porque sus enfermedades le tenían en un deplorable estado y con la aprehensión de que le concluirían la vida si permanecía más tiempo en Cartagena y el señor Pimienta por la confianza que de la elección conocía tenía el Rey de sus servicios y desempeño.

Trataron de buena fe y con la mejor armonía el modo, día y hora de hacer la entrega del mando y acordaron fuera la mañana del 31 del dicho marzo a las 9 de ella.

Como el señor Flórez se hallaba enfermo se dispuso que el Ayuntamiento, Oficialidad y demás Jefes de la Plaza concurren a esta función (según el Rey proveía) y juntos todos a la hora señalada, pasó el Ayuntamiento a la casa del señor Pimienta para acompañarle y habiéndose puesto toda la tropa sobre las armas formada en dos filas que hacían calle, vino a la casa del señor Flórez. Este le esperaba en una sala donde se hallaba el dosel y retrato del Rey y junto de éste había dos sillas y sobre la mesa un misal. Sentóse el señor Flórez a la derecha y a la izquierda el señor Pimienta el que sacó la Real Cédula de su nombramiento y la dio a leer al escribano del Ayuntamiento y después de leída la tomó en la mano el señor Flórez, la besó y puso sobre su cabeza y dijo: "Obedezco y cumplo todo lo que S. M. manda y en observancia dello entrego a V. Excelencia este bastón en señal de poner a su cargo el mando de este Virreinato que hasta ahora estuvo al mío". Y se mudó a la izquierda dando la derecha al nuevo Virrey.

Prevenía la Real Cédula entre otras cosas que el juramento debía hacerlo el señor Pimienta en manos del Regente Visitador, si se hallaba en Cartagena, pero habiendo ya marchado a Santafé resolvieron ambos señores se lo recibiese el Virrey saliente. Así lo hizo seguidamente y puesta una mano sobre su venera de la distinguida Orden de Carlos III de que es Caballero pensionista y la otra sobre los Evangelios, le preguntó el señor Flórez "Jurais a Dios y prometeis al Rey de servir bien y fielmente el empleo de Virrey Gobernador Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de este Reino que su Majestad os concede?" Respondió el señor Pimienta: "Sí juro", y le replicó: "Pues si así lo hicieris Dios os ayude, o si nó, os lo demande".

Concluída esta ceremonia le dio un abrazo y el parabién al nuevo señor Virrey y éste salió con el Ayuntamiento que a todo estuvo presente y todo el lucido acompañamiento dirigiéndose a la Catedral y al pasar por entre las filas le saludaron los oficiales y banderas y la tropa presentó las armas y tocó la marcha.

A la puerta de la Catedral esperaba el Cabildo Eclesiástico (y no asistió el Obispo por estar ausente en Turbaco) con el padio y bajo de él siguió hasta la inmediación del altar mayor donde tenía puesta su tarima, silla y almohada, y se cantó el Te-Deum. Concluída esta ceremonia salió por la misma puerta y se retiró a su casa con el mismo acompañamiento.

Entró en derecha a la Sala del Cabildo y puesto bajo el dosel recibió las enhorabuenas del Cabildo Secular, del señor Flórez, del Cabildo Eclesiástico, del Cuerpo del Comercio, Comunidades Religiosas, Cuerpo de Marina, Regimientos de la Guarnición (que por su ocupación no habían podido ir antes) y del Tribunal de la Inquisición, habiéndole hecho el Inquisidor más antiguo una corta arenga con las formalidades que son de costumbre. Seguidamente concurrieron todas las gentes visibles del pueblo y aún los más infelices manifestaron su regocijo porque estaba muy bien admitido de todos el Sr. Pimienta por su justificación y conducta. Pusiéronse luminarias por tres días y hubo toros y comedia en ellos.

El día primero dispuso el nuevo señor Virrey dejar el Gobierno de Cartagena al Brigadier Ingeniero Director don Antonio de Arévalo, sujeto de su mayor satisfacción por su actividad y celo, y aunque lo es también el Teniente del Rey don Roque Quiroga cuyos servicios son muy recomendables, se hallaba en esta ocasión convaleciente de una grave enfermedad que acababa de padecer y por sólo este casual motivo no recayó en él el mando de la Plaza. Se principió a despachar lo más urgente de los asuntos del Virreinato y dio sus providencias para marchar inmediatamente a Santafé.

El día 21 de abril a las 2 y media de la tarde salió el señor Virrey de su casa con un lucido acompañamiento del Cabildo, comercio y de muchas personas nobles que hay en el pueblo, estando formada toda la tropa de la Guarnición hasta el embarcadero. La Excma. señora Virreina salió con su hijo a la misma hora, pero el sentimiento de dejar a su madre y hermanas la afligía y por lo mismo se encaminó por fuera de la carrera al muelle en compañía de doña Ana Panizo mujer de don Prudencio Gómez y se puso en la falúa a esperar a su marido. A poco rato llegó él e inmediatamente se hizo a la vela con otros varios botes de su comitiva y otras personas que procuraron acompañarle cuanto les fue posible.

En toda la navegación no tuvo mira la Virreina (que era la primera vez que se embarcaba) ni su niño la menor novedad.

Antes de llegar a la boca del Dique que va a Mahates perdió el práctico que llevábamos el camino y fue preciso retroceder un poco a buscarle, pero una canoa que nos esperaba para dirigir la falúa nos guió y llegamos con felicidad a las tres menos cuarto

de la noche a las **Bodegas de Mahates**; en el desembarcadero nos esperaba el Diputado del Cabildo de Cartagena, el Capitán de Guerra y otras muchas gentes de calzón largo con teas o palos encendidos y montando todos a caballo subimos al pueblo que dista como un cuarto de legua.

Teníase preparada la casa del Cura y en ella estaba puesto un Altar con la imagen de Nuestra Señora y enfrente el dosel con dos sillas, la una destinada al señor Virrey estaba cubierta de un pedazo de dosel verde en lo que hacia el asiento y el respaldo era de otro pedazo encarnado guarnecido de dos fajas, una de galón de plata y otra de oro. La otra silla destinada a la Excma. tenía el asiento cubierto de un pañuelo de seda vieja de color de caña y cuadros azules y el respaldo de otro de color de teja con dos pedazos de cinta blanca y cobre que quiso parecer de oro y servía de adorno en las perillas de la silla.

El Teniente de Cura vino a las cuatro a cumplimentar a Su Excelencia, mantuvo una larga y preguntona conversación que nos acabó de moler la sangre bien preparada y aparte el Capitán de Guerra hombre el más pesado y hablador que he conocido.

El señor Virrey se recostó un poco y la Excelentísima, el Capitán de la Galera y yo nos mantuvimos en conversación hasta que amaneció y salimos a pasear el lugar, acompañando a S. E. el Diputado de Cartagena cuya etiqueta no deja de ser muy incómoda porque quita la libertad de hacer su voluntad a unos señores que han de hallarse forzosamente incómodos con un perenne testigo de cuanto hablen y hagan.

A las 8 y media de la mañana llegaron en el bote de Ingenieros el Ayudante de S. E. don Miguel Raón, el Marqués de la Corona don Pedro Valdivieso, el Capellán y otros varios de la familia de S. E., nos pusimos a almorzar todos alegres y buenos y a poco rato llegaron el Dr. don José Berrío, don Nicolás del Castillo, don Alonso, don Francisco Escudero y don Prudencio Gómez con otros dos Diputados de Cartagena, pusímonos después a jugar un rato a los tres sietes y a poco se retiró la Excelentísima y todos fuimos a descansar un rato en nuestros alojamientos.

A las 10 se levantó el señor Virrey y todos fuimos saliendo de las braneras y se presentó don Manuel de Escobar que había venido también a cumplimentar a S. S. E. E. Nos pusimos a jugar un rato hasta la hora de comer y a poco rato se presentaron ocho negrazos con un gran cestón cada uno de aguacates y piñas y que regalaba a la señora Excelentísima don Manuel de Escobar por ser frutas de sus haciendas inmediatas.

El Cabildo Secular de Cartagena previno a los señores Excelentísimos comida y leña hasta Barranca; la servida en este día era abundante pero no fina ni bien sazonada. Comimos todos

juntos con alegría y jugamos un rato y la Excma. se retiró a su cuarto hasta que se retiró el sol. A la noche cenamos mal y temprano y por la mañana a las cuatro montamos todos a caballo para continuar a Barranca. Su Excia. encargó mucho al Capitán de Guerra de Mahates hiciese encender de trecho en trecho unas hogueras para hacer menos molesto el camino que por haber llovido los días anteriores estaba muy pesado, y que se buscaran bastantes hombres que fueran alumbrando con teas o palos que encendidos levantan llama como un hacha de viento. Con esto se aparecieron unos cuantos, pero los palos no eran de los que se necesitaban y así a poco rato empezaron a apagarse y siempre a lucir muy poco y sólo encontramos dos hogueras en todo el camino, de modo que no sirvió esta preventiva disposición y S. S. E. E. tuvieron muy mal viaje. S. E. se adelantó a un alto que llaman de Santa Cruz y llegó después de las nueve y media a Barranca. El niño llegó a las once y a poco rato la Excma.

Escudero y Gómez, los diputados de Cartagena y Escobar fueron también hasta este tránsito, pero los demás se retiraron desde Mahates y en el camino el Cabildo y señores Diputados dieron también de comer y cenar a los señores Virreyes en este día. Se dispuso el embarco de todo y empezamos con alegría a navegar a las cinco de la mañana.

Aunque S. E. previno Champanes para todos, quiso que le acompañásemos en la falúa Valdivieso, Raón, Rendón, el Padre Capellán y yo, y así subíamos todos con mayor comodidad y SS. EE. más acompañados.

Fuimos a comer al Yucal y en tanto que se disponía la mesa saltamos a tierra, S. S. E. E. y todos los que le acompañábamos. La población solo es en el nombre y más propiamente puede llamarse ranchería porque no hay más que algunos bohíos salpicados y todos deteriorados. La iglesia es una cosa lastimosa, su fábrica es de cañas y tierra y tan maltratada, tan puerca e indecente que no puede tenerse aquel justo respeto debido a la casa de Dios. Este es un punto que en mi concepto necesita remedio.

Del Yucal fuimos a dormir a Tenerife. El lugar está situado en una altura: había sobre las armas algunos milicianos, el Ayuntamiento se presentó vestido de militar, los más ridículamente, unos con malas pelucas y otros con casaca, espadas y gorro. S. S. E. E. estuvieron medianamente alojados y nosotros bastante bien. Luego que llegamos vinieron dos violines y un arpa a obsequiar a S. S. E. E.; estuvieron tocando un buen rato y todos nosotros alegres y contentos enredando y bailando como si tuviéramos quince años.

Una señora viuda de Manuel de los Gómez, que según dijeron las gentes del pueblo son los más acomodados, envió a la Excma. dos huevos y unos bizcochos duros como una piedra y

le pidió permiso para ir a visitarla. S. E. respondió que podía venir y así lo verificó y con ella otras tres señoras que sólo lo parecían porque ellas lo decían; figuras más endemoniadas jamás las he visto; solo una de ellas era menos mala y a ésta le dieron conversación Raón y Rendón con tanta eficacia como si fuera la Diosa Venus.

Salimos bien de mañana, fuimos a comer a la orilla de un río donde sufrimos un calor extraordinario y a dormir a un alto que llaman **Punta de Palma**.

De aquí navegamos a almorzar a **Tocamocho** donde encontramos dos Diputados de Mompóx, el uno, el Alcalde don Martín Zituain y a don Juan Bautista Trespalacios, que hicieron el cumplido a S. S. E. E. y después se retiraron a su Villa para salir con todo el Ayuntamiento. Este pueblo no está mal situado; la iglesia está aseada y el vecindario será bastante según la multitud de muchachos que vimos. Aquí también había algunos milicianos pero sus armas eran de palo y sus vestidos los que cada uno usa en su pueblo. Pasamos a comer a Pinto y se alojaron S. S. E. E. en casa de un tal Montañez, hombre blanco y castellano que lo manifiesta bien en su buen modo y candidez. Fuimos de aquí a dormir a **Santa Ana** y llegamos de noche porque la jornada es larguísima.

Estuvieron S. S. E. E. muy mal alojados y nosotros dormimos bajo un cobertizo que tenía la casa. A las 11 y media de esta noche recibió S. E. un chasqui de Santafé con cartas de la Audiencia, del Regente y de otros particulares en que acusaban el recibo de las órdenes que se les comunicaron sobre el nombramiento de Virrey hecho en S. E. Don Gonzalo de Hoyos llegó esta tarde y al anocheecer se retiró a Mompóx.

Salimos al día siguiente de madrugada y fuimos a comer a **San Zenón**. Este pueblecito está muy bien situado en una llanura hermosa, la iglesia es aseada pero pobre y el alojamiento que S. S. E. E. tuvieron fue bien malo. El Cura salió con su estola y sobrepelliz a recibirlos y aquí nos detuvimos algún tiempo para vestirnos y asearnos y se despachó el chasqui a Santafé con cartas para la Audiencia y el Regente.

Salimos a las 12 y media con el fin de entrar temprano en Mompóx. Una legua antes de llegar a esta villa subió todo su Ayuntamiento en una gran falúa hecha en ella, una carroza con cortinas de damasco, en la testera había puesta la silla de S. E. con su almohada y otras a un lado y otro. Su Excelencia el señor Vitrel después de recibir en su falúa los cumplidos del Cabildo, se pasó a la de éste colocándose en su lugar y poniendo a su lado derecho al Capitán de su Guardia de Caballería y a la izquierda a su Ayudante de Campo. La señora Excm. se mantuvo en su falúa y nos quedamos para servirla y acompañarla Valdivieso y

yo. Así navegamos todos juntos y llegamos a Mompóx a poco más de las tres. Estaba formada la tropa de milicias desde el desembarcadero hasta la casa en que S. E. debía alojarse. El Sr. Virrey pasó bajo el palio que tenían los Curas en el mismo desembarcadero a la iglesia con todo su acompañamiento y el que se le unió de todas las gentes visibles en el pueblo y luégo que hubo desembarcado atracó la falúa de la señora Virreina. Don Gonzalo de Hoyos que como Comandante de la tropa estaba formado a la cabeza de ella, se separó de su puesto y pasó a sacar de la falúa a la Excma. acompañándola hasta pocos pasos donde la esperaba la mujer de éste en un volante de cuatro asientos. En él entró S. E. con su hijo y yo que le llevaba y seguimos en derechura a la casa destinada a S. S. E. E. A la puerta de ella estaban tres señoras esperándola y así le mantuvieron en la sala principal hasta que vino el Sr. Virrey. Los Cabildos, las Comunidades y todos los demás sujetos visibles cumplieron a S. S. E. E.; se sirvió para todos un abundante refresco y a las cuatro ya todos los caballeros y señoras se habían retirado para que S. S. E. E. descansasen.

El señor Virrey salió a las cinco a pasear un poco con su hijo, un Capitán de la Guardia y su Ayudante de Campo y la señora se retiró a su cuarto a descansar y a librarse en lo posible del calor insoportable que hacía. A las oraciones volvieron algunas gentes que a poco rato se retiraron y a poco más de las 8 se puso la cena que fue muy buena.

La mañana siguiente salieron SS. EE. a misa a San Agustín y después se retiraron a su casa donde recibieron los cumplidos de todos hasta la hora de comer. A las dos nos pusimos a la mesa; nos acompañaron el Cabildo, los Curas, y otras de las principales personas del pueblo. Sirvieron una espléndida y bien sazonada comida. S. E. el Virrey brindó por la Villa y sus Capitanes y le seguimos los de su comitiva. Este obsequio fue estimado con un gran ruido de palmadas y a poco rato los Alcaldes y demás pueblo brindaron por la salud y felicidad de los Excmos. con tanto regocijo de todos que patentizaban su satisfacción en la acertada elección. Concluída esta función se fueron todos retirando quedándonos solos los de casa que pasamos el rato en jugar un poco. A poco más de las cinco salió S. E. con el Alcalde y otros del pueblo a ver la fábrica de aguardiente. Por la noche vinieron algunas de las señoras del pueblo a acompañar a la Excma. hasta las 8 y un muchacho volantón para divertir al niño. Cenamos a las 9 y nos retiramos todos.

Este día escribió S. E. a mi señora doña Inés de Hoyos y una esquila confidencial al Regente.

El día siguiente no salió S. E. de casa. La Excma. fue a pasar un rato por la mañana y por la tarde a ver el pueblo y después de las ocho cenamos y nos fuimos a acostar por la precisión de madrugar. A las 4 de la mañana ya estábamos prontos a caminar pero la mala costumbre que se consiente a los bogas de no parecer por lo regular a la hora acostumbrada disipando el salario que se les da en Mompóx en emborracharse, nos detuvo hasta más de las cinco que salimos a embarcarnos acompañando a S. E. los Alcaldes y algunos oficiales de Milicias.

Fuimos a comer a **Vintiquecho** que es una ranchería más propiamente que pueblo pero el Cura hospedó a S. S. E. E. y no estuvimos mal. Seguimos después al **Purgatorio** donde tenía S. E. resuelto hacer la noche, pero siendo muy temprano cuando llegamos continuamos a **Chilloa**. Aquí estaba prevenida la casa del Cura y esperaba a S. S. E. E. el Capitán de Guerra don José Treviño con su mujer que es española y andaluza cuya circunstancia hace conocer no faltarían cumplimientos ni conversación. Obsequió a S. S. E. E. con varios dulces de almíbar, otros secos y algunas frutas, todo del país. Ello pudo estar muy bueno, pero nadie lo asegura, a no ser alguno de los criados, porque no los probamos.

El 1^o de mayo atracamos para almorzar a una ranchería que llaman **Chorro de Manteca**; para comer en otra nombrada los **Negritos** y a dormir fuimos al **Banco**. Este pueblecito de indios está bien situado y la iglesia es la mejor que hemos encontrado en estas pequeñas poblaciones porque es de cal y ladrillo y está cubierta de teja. El Cura llamado don Manuel Gregorio Rodríguez parece hombre racional según su trato. La tarde de este día se pasó más ociosamente que otras porque el excesivo calor que sufrimos nos tenía a todos bien incomodados, pero el Sr. Virrey quiso buscar modo de minorar el mal rato y repentinamente puso esta burlona décima:

A lo chantre el Capellán,
La señora muy ardiente,
El Virrey impertinente,
Y Raón gran charlatán;
Anastasio muy truhan
El Mayor Vino y Café
Casamayor sin tupé,
Familia toda aturdida;
Esta gente tan lucida
Dará golpe en Santafé.

Con sólo este motivo de alegría pasamos el rato hasta llegar al pueblo donde nos esperaba don Gonzalo de Hoyos que se ha-

bía adelantado. Pasamos perfecta noche y por ser el tránsito del día siguiente algo malo no salimos hasta rayar el día. Almorzamos en el **Peñoncito** que está a corta distancia del otro llamado **El Peñón** y fuimos a comer al **Banco** que es un trapiche, todo maltratado, pero que manifiesta haber sido muy bueno. Allí vino a cumplimentar a S. S. E. E. el Vicario de Tamalameque con otro Cura y trajeron una ardita y una machagüita para el niño con algunas verduras que ya son apreciables porque por este tránsito no las hay. Por la tarde llegamos a hacer noche a Tamalameque. Esperaban tres Curas con el Palio al pie del puerto; el Alcalde (que no llegará a 20 años su edad) y otros dos militares. Sus vestidos, su facha, y sus movimientos eran tan ridículos que fue preciso toda la circunspección prudente que se debe a este respetable aparato para no reírse a carcajadas. Se fue en derecha a la iglesia y la Excma. a su alojamiento. Este era en la casa del Cura que era bastante buena para las que hay en este pueblo que todo se halla arruinado, aunque sus edificios demuestran que sería opulento cuando tenía el comercio que ahora se ha retirado. Una cosa bien extraña había en esta casa que no he querido dejar de apuntarla por lo que pueda conducir y es que en la sala había un cuadro o mamarracho con una imagen de Nuestra Señora del Rosario sentada entre nieves y Santo Domingo hincado en tierra con una rodilla mamando a la Virgen que tenía el pecho sacado con una mano y puesto el pezón en la boca del santo. Esta impropia pintura aclara el barbarismo de estas gentes y minora mucho el mérito de sus directores.

Día 3. — Oímos misa en la misma casa donde estaba puesto un altar y salimos a las 7 de la mañana. El río estaba tan crecido que no llegamos a **San Pedrito** a almorzar hasta las 11; este sitio es muy nuevo pero está tan bien situado que podrá con el tiempo ser muy opulento. A poco más de las 12 salimos a continuar nuestra jornada pero fue preciso quedarnos en **San Pedro** por no llegar de noche al único sitio donde podíamos quedarnos.

El día 4 a las 5 y media salimos y fuimos a almorzar a **Regidor**, sitio el más infeliz del mundo: sólo había dos pequeños ranchos y en uno dellos estaba una muchacha lazarina, por lo que fue preciso que S. S. E. E. y todos nos acogiéramos bajo un pequeño tinglado donde almorzamos y salimos a continuar la jornada a las 9. A las 12 y media llegamos a **San Pedro**: éste a que quieren dar el nombre de pueblo está bien situado por la frondosidad del terreno, pero sus habitaciones se reducen a un despreciable rancho, con solo una división de cañas. De aquí no pudimos pasar porque el tránsito era largo y la creciente del río era muy grande. A la mañana siguiente del 5 oímos misa a las 4 y media pero fue la noche tan tempestuosa y de tanta agua que no pudimos salir hasta que se hizo de día. Para ir a misa tuvieron que

llevar a la Excma. en una silla y de la iglesia pasarla del mismo modo a la falúa. Pudo sucedernos un gran pesar para todos porque al tiempo de desarmar los catres se cayó uno sobre el niño que a no haber evitado el golpe la negra que le cuida, pudiera haberle roto la cabeza. Llegamos a las 11 a almorzar a **Tanga** y esto nos sirvió de comida para no detenernos y poder llegar a **Morales**. Esta mañana pudo sucedernos una avería, pues de la ladera en que íbamos cayó un árbol sobre la falúa que a no ser su tolda o cubierta tan fuerte, la hubiera hecho muchos pedazos. Llegamos a las 6 a **Morales** crucificados de mosquitos. El Ayuntamiento de **Simití** había bajado a cumplimentar a SS. EE., y estaba en el desembarcadero con el Alcalde de **Morales** y otros varios sujetos todos ridículos en su traje. Esperaban también la mujer del Alcalde de **Simití** y otras tres mujeres que hicieron a la Excma. su cumplido a la muda y la acompañaron hasta el alojamiento que estaba dispuesto. El Sr. Virrey fue a la iglesia con el Ayuntamiento y después de un rato de orar vino a casa. Le presentaron varios memoriales y dio orden a don Nicolás Bernet, Ayudante del Regimiento Fijo que se hallaba destacado en este pueblo con una partida de 14 hombres para que se retirara a Cartagena. A las señoras no las volvimos a ver porque aunque tenían dispuesto venir a cumplimentar a la Excma. con un arpa vieja que era toda la música del pueblo, S. E. lo agradeció pero prefirió a este obsequio su descanso y sosiego.

Salimos a las 5 y cuarto a continuar nuestro viaje, fuimos a almorzar a **Punta Andrea** y a dormir a **Badillo**. Este pueblecito es de indios, es tan miserable como todos los de por este tránsito. Estaba cuasi al punto de anegarse porque está situado a la orilla del río de la Magdalena en una pequeña llanura. SS. EE. y nosotros estuvimos regularmente alojados. Vino hasta esta población el Alcalde de **Simití** como que es de la jurisdicción de aquella ciudad. En ella hay un Alcalde y un Regidor, ambos miserables como todos los habitantes y el Regidor tanto que para presentarse tenía prestada una capa de lamparilla, y con la mayor sinceridad pidió al señor Virrey cuatro pesos para comprar una y presentarse con decencia en el Cabildo y su Excelencia se los dio.

Encontramos en este pueblo un Cura que por súplica del de **Morales** (a cuya parroquia está esta agregada) había venido a cumplimentar a S. E. después de haber hecho el recibimiento con el palio y demás, pasó a ver al señor Virrey y le estuvo informando del ningún pasto espiritual que había en esta población: que no se le había dicho misa en ella en un año, ni administrado los sacramentos en este y más tiempo a todos los que por enfermedades han estado gravemente malos; que sin este auxilio se habían muerto más de 6 u 8 personas y que distando de **Morales** una

jornada muy larga, era imposible que aquel Párroco pudiera atender a las dos sin faltar a una de ellas.

Este sacerdote llamado el doctor don Bernardino Martín Rabadán cenó con nosotros aquella noche y su risa era tan extraña que tuvimos motivo de pasar divertido el rato con solo oírla.

El día 7 salimos al amanecer, fuimos a almorzar a un rancho llamado **San José** y a comer a otro llamado **Vijagual**; ambos infelices y anegados pero fue forzoso quedarnos aquí a dormir porque el río estaba crecidísimo y en muchas leguas no había otra casa ni ranchería.

El día 8 almorzamos y comimos en el **Chamipán** y atracamos para dormir a un tambo o cobertizo todo anegado, pero cenamos en tierra y dormimos en los champanes.

Salimos al amanecer del día 9; almorzamos y comimos en la orilla del río sin poder salir de la falúa y fuimos a dormir a **Buenvista de San Lorenzo de Canaletán** (que otros llaman **El Pital**). Este es un bohío muy deteriorado que estaba todo anegado pero su casero era un indio de buena razón que franqueó todas las cañas y demás que tenía para abrir el suelo y de este modo pudimos conseguir estar un rato en tierra y cenar en la casa, pero después nos retiramos a dormir en los champanes. Se regaló bien a este pobre indio por su buena voluntad y habiendo representado que sin embargo de haber franqueado a los bogas lo que necesitaban le habían arrasado un cañaveral que aún no estaba en sazón, ni podía servirles de nada, habiendo cogido a uno de ellos con algunas cañas que había quitado, llamó S. E. a los patrones de todos los champanes y les mandó advertieran a los bogas que el primero que se encontrase haciendo daño le mandaría dar 200 azotes y que si alguno de los patrones o pilotos lo consentía se le pondría en Honda en la cárcel y se le destinaría al presidio de Bocagrande de Cartagena, mandando que al que se le había cogido con las cañas se le atara y llevara así todo el día para que sirviese de escarmiento a los demás, pero ningún cuidado de estos basta para contener el desorden de los bogas que son toda gente bárbara y acostumbrada a arrasar cuanto encuentran.

Salimos el día 10 a las 5 y media de la mañana. Almorzamos y comimos a la margen del río y fuimos a dormir a **Cantagallos**. En este sitio sólo hay un pequeño bohío sin comodidad alguna. SS. EE. estuvieron en tierra y cenamos fuera de la casa. Después de cenar fue el negro de S. E., Manuel, a pasar de un champán a otro, que todos estaban unidos a la orilla y cayó en el río. Tuvo la gran fortuna de que un mulato Calafate pudo prontamente agarrarle de los cabellos y él se aseguró en su brazo y pudo salir, pues a faltarle este auxilio, seguramente hubiera perecido porque hay más de 4 brazas de fondo pegado a la tierra, tanto es lo que el río está de crecido. A la una de la noche empezó una fuerte

tempestad que duró hasta el día y aunque llovió alguna cosa, no caló el techo de paja del tinglado donde nosotros habíamos puesto catres porque SS. EE. quisieron mejor dormir en la falúa que en paraje tan incómodo.

El día 11 salimos cerca de las 6 porque hasta entonces no amanecía, fuimos a almorzar a la orilla del río donde precisó a los bogas desmontar un poco de terreno para poder poner sus ollas.

Seguimos a comer a **Bohórquez** que es una buena hacienda de cacao y plátanos y aunque el terreno estaba muy anegado y la casa era como las del día anterior, bajaron SS. EE. a comer en ella. Continuamos después, encontramos algunas otras casas y haciendas y fuimos a hacer noche a una playa que está frente a **Zorrilla**, pero estaba todavía tan pantanosa que no pudimos salir de los champanes, donde cenamos y dormimos. Se perdió en **Bohórquez** la perrilla y por la tarde vimos monos, loros y caimanes.

El día 12 salimos al rayar el día; almorzamos en la costa, comimos en la playa del frente de **Barranca Bermeja**, y desde aquí pasamos a dormir a la **Playa de Brujas**. Se envió por la perrita y vino a la media noche. Pero aunque todo el día nos hizo un sol que nos incomodó lo bastante, luégo que paramos para dormir empezó a llover y fue preciso mantenerse a los señores Virreyes en la falúa donde almorzamos, comimos y cenamos por no permitir la demasiada humedad que SS. EE. saltasen a tierra.

El día 13 salimos a las 6 menos cuarto; almorzamos en la costa donde había una buena playa, en ella paseamos un rato, vimos muchos caimanes y salimos a las 11 y media a continuar el viaje. No nos detuvimos a comer, porque todavía estaba el río muy crecido y deseábamos llegar temprano a descansar del gran calor que este día sufrimos. A las 5 y media llegamos a comer y dormir a las **Bocas del Carare**; en este sitio hay una casa o rancho bastante buena para las que por estos tránsitos hemos encontrado. Cenamos muy bien y los señores se retiraron a dormir a la falúa. Aquí encontramos una canoa con algunos víveres que enviaba a S. E. un particular de San Bartolomé llamado don Antonio Landa, sinembargo de que S. E. había despachado otra barqueta esta misma mañana a Honda para que nos enviaran víveres los admitió, pero con la precisa circunstancia de que se le habían de pagar luego que llegásemos a **San Bartolomé**. Salimos de aquí a las 5 y media a continuar nuestra marcha el día 14; almorzamos y comimos en la costa y dormimos en una mala playa que llaman **Vista de la entrada de río Nuevo**, por lo que nos mantuvimos en los champanes.

El 15 a las 6 menos cuarto caminamos y a las 6 y media encontramos una canoíta con el Alcalde Partidario y el Administrador de Correos de **San Bartolomé** que entregó a S. E. varios plie-

gos entre los cuales uno contestación a los oficios comunicados al Illmo. Arzobispo, otros del Visitador y de varios particulares. A cerca de las 10 llegamos al pueblo que está situado a la orilla del río y por consecuencia sujeto a inundaciones en las crecientes, como acababa de verificarse en la que hemos tenido, que los champanes en que iba alguna familia y el equipaje de S. E. llegaron a la puerta de la iglesia que habrá seguramente más de 10 varas de altura. Almorzamos después de haber oído una misa cantada, larga y rabiosa y habiendo mantenido un poco de conversación los principales y el Cura del pueblo que entregó algunos víveres por comisión de Racines el de Honda que S. E. los tenía con anticipación mandados comprar. Continuamos nuestro viaje a cerca de las 12 con un calor extraordinario.

A las 4 y media paramos en el sitio que llaman de la **Magdalena** para que los bogas comiesen, pero nosotros no lo hicimos, porque ninguno tenía gana así por el calor intolerable como por lo tarde que almorzamos. A las 6 y media llegamos a la plaza de **Remolino Grande** donde hicimos noche. Paseamos todos y cenamos en la playa pero nos retiramos a dormir en los champanes temerosos de algún aguacero por estar el tiempo muy cargado.

El día 16 continuamos nuestro viaje a las 5 y media, almorzamos en la playa que llaman **Piernas de Oro**, fuimos a comer a la de **Barú** y a dormir a la de los **Trapos**.

El 17 salimos al ser de día, almorzamos en la playa inmediata a la **Boca del Ermitaño** y fuimos a comer a la **Angostura del Carare**. En este sitio hay una altura y sobre ella están colocadas unas casillas de paja donde habita un cabo y tres guardas de **Rentas Reales** con el objeto de registrar todas las canoas y embarcaciones que suben y bajan. Antes había tropa en este Puerto que llamaban el **Presidio del Carare**. Se componía este destacamento de un Capitán y un subalterno con 30 hombres y había también un **Veedor** y **Contador** de la Real Hda. para la exacción de derechos y pago de la tropa; después se redujo el destacamento por haberse poblado más la costa y por consecuencia retirándose los indios bárbaros que insultaban a los viajantes, a solo diez hombres y un sargento que hacía de Capitán de Guerra y últimamente a representación del Visitador Gral. se pusieron los empleados que hoy hay. Según las exageraciones con que nos habían pintado la rápida corriente de esta angostura y los preparativos que para pasarle hacen los bogas, la creímos de consecuencia, pero breve nos desengañamos de que se pondrá mucho en tratándose de la subida de este río, pues ningún tiempo debía ser más propio para experimentar las incomodidades que ponderan que el que nosotros hemos traído de una creciente que nos han dicho muchos no la ha habido mayor desde el año de 1739. Fuimos desde aquí a dormir al sitio que llaman de **Nare** donde había bastante como-

didad para pasar la noche. Los señores durmieron en su falúa y nosotros en la casa, que aunque techada de palma no se caló sin embargo de haber llovido y tronado bastante.

El 18 salimos a la hora acostumbrada y fuimos reconociendo en toda la costa los estragos de la creciente que efectivamente han sido muchos. Almorzamos en un rancho muy bonito que llaman Palagua; su situación es frondosa y domina bastante; la casa es cómoda y seca y hay abundancia de frutas y cacao. De aquí fuimos a comer a la playa de Saca Mujer y a dormir a la de Jaran; esta noche tuvimos una fuerte tempestad y mucha agua. Desde por la tarde se empiezan a ver las montañas de Honda.

Día 19, salimos a las 6 a continuar nuestro viaje; almorzamos en un sitio llamado Gaitán a las 12 y media encontramos una barqueta que venía de Honda y habiendo llamado al patón dijo a S. E. que su equipaje y criados estaba entendido caminaban ya a Santafé y que el Illmo. Sr. Arzobispo había llegado a aquella Villa. A las 2 encontramos un pequeño champán que se le mandó atracar a la falúa. En él venían un cabo y 12 milicianos de la Provincia de Antioquia. El cabo (llamado Nicolás Hurtado hombre hecho y de razón) dio noticia a S. E. de haber venido a conducir 19 reos remitidos por el Gobernador de Antioquia de los principales cabezas de la sublevación los cuales habían ya marchado a Santafé y que él se restituía a su Provincia sin haber tenido novedad en su comisión. El patrón de este champán dio noticia a S. E. de haber marchado ya su equipaje y criados y que el Illmo. Arzobispo había llegado a Honda el día 17. Comimos en la costa y fuimos a dormir al sitio de Buenavista, donde llegamos bien anocheado. La Excm. Señora Virreina tuvo alguna corta indisposición en su preñado, pero no manifestó cuidado al médico y S. E. se mantuvo siempre (aunque asustada) procurando disimularlo para mantener alegre la sociedad, sin que por esto dejáramos todos de sentir mucho su incomodidad porque se hace amable a cuantos la tratan. Por esta razón no salió S. E. de la falúa, pero el señor Virrey y los demás vimos las casas del sitio que sin dificultad son las mejores de cuantas haciendas hemos encontrado. Esta es del, como adquirida por la expatriación de los Jesuítas y la administra don Diego Carrasquilla vecino de Honda. Por la mañana del día 20 oímos misa en su iglesia que es la mejor y más bien aseada de la mayor parte de los pueblos que hemos transitado. A las 8 y media llegó de Honda una canoa con carta del Comandante de las Armas don Antonio Vásquez, avisándole la salida de sus criados y equipaje escoltado éste de una partida de Granaderos que al efecto había adelantado el Comandante de Santafé don Anastacio Sejudo y remitiendo para la Excm. algunos dulces, unas manzanas y granadas. S. E. le respondió al instante, diciéndole pensaba estar en las Bodegas de

Honda el miércoles 22 del corriente entre nueve y diez de la mañana y esta misma noche volvió de marchar la canoa.

El 20 salimos a las seis y fuimos a almorzar a la estancia o sitio de Fierro donde se nos presentó un hombrón que dijo llamarse don Tomás de Herrera y Pico; tuvimoslo por dueño de aquel sitio según su explicación pero después nos dijeron lo era el Interventor de Tabaco de Cartagena don Juan Subrandi. Comimos en la costa y fuimos a dormir a la playa de Quiebra Cinta. La señora Excma. continuó con su indisposición y a las ocho menos algunos minutos de la noche malparió un muchacho. Esta desgracia nos contristó a todos infinito y más particularmente al señor Virrey que compadecía verle lleno de pena aumentándola el que esta casualidad ocurriera en un desierto. Sin embargo la Excma. quedó sin más quebranto que el grande de su enfermedad, pero sin perder nada de su espíritu ni de su inimitable bondad y afabilidad. Continuó sin novedad toda la noche aunque no pudo dormir y así amaneció.

El 22 continuamos nuestra marcha; fuimos a almorzar a Playa Dorada y a dormir a Playa Garcera sin detenernos a comer en ninguna parte. La Excma. continuó felizmente y habiendo dormido un poco logró descanso y sosiego; habiendo amanecido bien convalecida en lo que permite la cortedad del tiempo que ha mediado en su desgracia. A las 8 y media de la noche recibió S. E. un chasqui de Cartagena con un pliego del Gobernador incluyéndole otro del Gobernador de Curazao; éste avisaba del combate de la Escuadra Francesa e Inglesa entre Dominica y Guadalupe y se le volvió a despachar a las 9 con la respuesta.

El 22 salimos a la hora acostumbrada, caminamos todo el día con un calor insufrible sin parar ni aún a almorzar porque el patrón de la falúa engañó a S. E. manifestándole estaríamos en Honda a las 9 de la mañana, pero viendo que eran las doce y que distábamos mucho mandó mudar la gente de la falúa y de este modo pudimos llegar a las 5 de la tarde. Por la mañana se presentaron los Alcaldes de Honda a cumplimentar a S. E. pero estando sin vestirse les respondió con la mayor atención y ellos se retiraron al pueblo. En las Bodegas de allí esperaban S. E. el Gobernador de la Provincia, el Cabildo y otros varios particulares y los oficiales de la tropa del destacamento y entre ellos el Capitán de Alabarderos don Joaquín de la Barrera que habían bajado con el señor Arzobispo. Con los Alcaldes salió por la mañana don José Dupré, Alférez del Fijo muy favorecido de los señores Virreyes, el que se quedó acompañándolos.

En las Bodegas estaban prevenidos caballos para S. E. y su comitiva y dos sillas de manos para la Excma. y el Señorito. Todos se pusieron a caballo. La Excma. salió en su silla y el niño en otra acompañándoles yo. El señor Virrey con el Cabildo pasó a la igle-

sia parroquial; en la puerta della esperaba el Illmo. Arzobispo que dio a S. E. agua bendita; quiso darle la derecha para subir al Presbiterio, pero el señor Virrey no lo permitió. Subieron a hacer oración al Santísimo que estaba patente y concluída volvieron a bajar dando a uno y otro el cura el agua bendita y el Arzobispo la derecha al señor Virrey. Luégo que salieron a la calle le visitó el señor Virrey y después de mil políticas y atenciones permitió S. Illma. en recibir la derecha de S. E.; le acompañó hasta su casa; le acompañó en ella un rato y después se retiró.

S. E. pasó luégo a visitarle y no hay atención ni urbanidad que recíprocamente no se hayan hecho estos dos señores.

La Exma. llegó con felicidad, se puso en su cama y sigue buena.

Día 23, vino el señor Arzobispo por la mañana y por la tarde pasó el señor Virrey a buscarle para ir a pasear.

Días 24 y 25, sucedió lo mismo. La Exma. se levantó el 24 y siguió bien.

El 26 fue S. E. a ver la fábrica de aguardiente y se escribió a Cartagena.

El 27 no ocurrió novedad; el Arzobispo estuvo con alguna indisposición de estómago que le impidió ir a pasear con el señor Virrey, como lo había hecho todas las tardes y S. E. pasó a visitarle.

El 28 no acaeció novedad.

La tarde del 29 vio pasar S. E. por el frente de la casa un hombre al que hizo llamar por parecerle desertor y con efecto se verificó serlo de los Reales Vageles y estaba de guarda del Tabaco. Desde las vísperas han empezado a quebrantarnos las cabezas las danzas que son tan ridículas como la enrramada y aparato para la procesión del Corpus.

El 30 se celebró la procesión del Corpus con la posible mayor decencia habiendo salido en ella el Illmo. Arzobispo que llevó en toda ella el Santísimo, sinembargo de que hace 4 días se halla indispuerto del estómago cuya indisposición no le ha permitido acompañar por la tarde a pasear al Sr. Virrey.

Esta mañana llegó el médico de S. Exma. que había salido a Santafé en busca de la papelera que traía su Illma. y hasta ahora no ha parecido. Parece que con las noticias que dio de este extravío se ha despachado para la Audiencia y los Alcaldes Ordinarios requisitorias para buscarla lo que hasta entonces no se había hecho sinembargo de hacer diez días que no parecía.

El día 31 no ocurrió novedad. Se pasó el día en preparar todo lo necesario a continuar nuestra marcha y salieron muchas cargas.

El día 1^o a las 5 y media de la mañana pasó S. Illma. a casa de S. E. para acompañarle. Así lo verificó hasta las **Bodeguitas** donde estaba preparada la falúa que nos condujo desde Barranca. este tránsito acompañaron a SS. EE. el Gobernador de Mariquita, el Oficial Real don Vicente Diago, don Juan Blas de Aranzazu y don Pedro Diago Alcalde de 2^o Voto. Desembarcamos a las 7 en las **Bodeguitas de río Seco** donde estaban preparadas las mulas y las sillas para la Exma. y el niño. Inmediatamente montamos a caballo y seguimos nuestro viaje. El camino estaba seco pero mal compuesto y realmente es malísimo. A las 10 poco más llegamos a la **Venta del Sargento** donde estaba el Alcalde de la Hermandad de Honda don Francisco Moreno que tenía preparada comida para SS. EE. y los demás, muy abundante pero mal condimentada, tanto que nadie comió. A las 12 salimos y subimos con felicidad la cuesta del **Lagarto** que es larga y penosa y no menos la bajada; en el alto de ella reconocimos una vista la más hermosa que pudo pintarse. Los peones que conducían la silla de la Exma. estaban fatigados y habiendo enviado don José de Acosta a Guaduas por gente vinieron más de cien hombres que abreviaron el camino. A las 4 entramos en Guaduas, habiendo salido todo el Cabildo en la forma regular a cumplimentar a S. E. Esta noche llegó el Alcalde de Santafé don Francisco Ponce pero ya se habían SS. EE. recogido.

El día 2 fuimos con SS. EE. al Convento de San Francisco (que es Parroquia) a oír misa. Después concurrieron algunas gentes que hicieron el rato sociable. Por la tarde salió el señor Virrey a paseo. Por la noche se jugó un poco y después de cenar se despidió don Francisco Ponce de SS. EE. para retirarse a Santafé y dar las últimas disposiciones para recibir a SS. EE. en Facatativá, donde está comisionado por el Cabildo de Santafé.

El día 3 llegó el correo de Santafé y entregó el Administrador de Correos a S. E. algunas cartas. Por la noche vino el Alcalde con las muchachas del pueblo, dos malos violines, un arpa vieja y una guitarra a divertir a la Exma., bailaron todas al uso del país y a las 9 y media se retiraron.

Día 4. Salimos de Guaduas, fuimos a comer a **Cune** y a dormir a **Mare**.

Día 5. Salimos a las 4 y media y fuimos a comer al **Aserradero** donde vinieron el Alcalde de Santafé don Francisco Ponce y el Corregidor de Bogotá; a las 12 para irse echando a perder el tiempo, nos pusimos en marcha y llegamos a las tres a la salida del **Monte Grande**; aquí esperaban el Oidor don Juan Antonio Mon, diputado por la Real Audiencia para cumplimentar a S. E. y los demás comisionados para el propio efecto por los Tribunales. SS. EE. se pasaron a su cohe y en otros los siguió la comitiva, los más de la que traía S. E. fuimos a caballo; el camino

llano, pero no está abierto y por esta razón no es cómodo ir el carruaje. Luégo que llegamos a Facatativá hizo su arenga el Oidor, larga y erudita y le siguió el del Tribunal de Cuentas, el del Cabildo Secular y el del Eclesiástico. SS. EE., no comieron porque ya lo habían hecho en el Aserradero, pero se sirvió una abundante comida para todos los concurrentes. El señor Virrey estuvo bastante incómodo de un dolor en el pecho que se creía fuera flato y por lo mismo no nos daba cuidado. Aquella tarde se sirvió un abundante refresco, se presentaron a rompernos la cabeza unos cuantos músicos. Jugaron las aficionados a la Banda y Cachó y a las 9 se puso la cena con bastante aparato y abundancia.

El señor Virrey tuvo una noche cruel, no sosegó un momento, pensó morir según la opresión y fatiga que tuvo, por último se resolvió a seguir en derecha a Santafé, sin parar en Fontibón, donde le esperaba la Audiencia, los Tribunales, Cabildos, Religiones y demás que deben concurrir a esta ceremonia, avisando inmediatamente al señor Regente de la causa que le forzaba a esta determinación.

El señor Virrey salió en su coche con el cirujano que traía D. Francisco Alaix, y en el del Sr. Mon fueron la señora Virreina y su hijo, acompañada de la Condesa del Real Agrado y del Secretario del Virreinato.

Todos llegaron antes que el señor Virrey que no lo ejecutó hasta las 5 y media de la tarde, pero en tales términos que venía desfigurado. Ya se había llamado al Dr. Don José Mutis, célebre profesor de medicina, el cual luégo que le vio y oyó le mandó suministrar la Unción, le dio un fuerte deliquio, que creyó no saldría de él; sosegado un tanto recibió el Viático y dispuso todas las cosas de su alma. El Dr. Mutis le consideró del momento que le vio con enfermedad mortal; así lo dijo al enfermo y a la señora Virreina cuya situación excuso expresar, porque no hay voces tristes con qué pintar su desconsuelo. La noche la pasó S. E. fatigosa, pero descansó algunos ratos y amaneció con algún alivio, siguió siempre todo el día en gran peligro, pero a las 10 de la noche se agravó en términos de no creer pudiera salir de la noche. Por la noche llamó a su mujer, le manifestó su última voluntad sobre el modo de su entierro y otras cosas de la conciencia diciéndole que en Cartagena en la Secretaría de Gallardo tenía otorgado poder a favor de S. E. que todo lo que había aunque era muy poco era suyo, pero que debía algunas cantidades a don Prudencio Gómez y don Juan Mendiguren del comercio de Cartagena, de lo que le habían anticipado para el viaje que acababa de concluir. Que conocía bien la infelicidad en que la dejaba, pero que esperaba que el Rey se compadeciera de ella y de su hijo, haciendo una representación de la aflicción en que se hallaba.

Hubo pasos muy tiernos de una señorita de 17 años con su marido y de tanta prudencia como requiere el verse con más 37 mil pesos de dote disipados con empeños y sin tener de dónde pagarlos, ni otra renta para subsistir que la viudedad de Mariscal de Campo. Después de esta tierna despedida llamó a Don Juan de Casamayor, Secretario del Virreinato y su antiguo amigo; pidióle no desamparase a su mujer e hijo hasta dejarlos en Cartagena; que formase una representación para el Rey en nombre de su mujer pidiéndole alguna gracia y que hablase al Illmo. Arzobispo para que apoyase la justicia de esta desgraciada señorita por la mucha amistad que le profesaba. También fue tierna esta despedida porque abrazados los dos lloraban ambos tiernamente.

Estuvo la mayor parte de este día en el más extremo peligro, por la noche hizo tres evacuaciones y en ellas arrojó una postema. A todos nos consoló esto mucho pero el médico dijo que esto ni era bueno ni malo y que en lo humano no había esperanza de que pudiera vivir. Siguió luego aumentándosele la fatiga, pero sin perder un momento su perfecto conocimiento auxiliándose él mismo y dando prueba de su cristiana conformidad y así murió el día 11 del presente junio a las 12 y 10 minutos de la mañana.

Inmediatamente se dio noticia al Real Acuerdo de la muerte de S. E., por el Secretario del Virreinato y pasó el Secretario del Real Acuerdo a examinar el cuerpo del difunto, llamándole por tres veces en alta voz, volvió a dar fe a el Acuerdo de que efectivamente era difunto y éste inmediatamente declaró corresponderle el Supremo Gobierno tomando el Regente Visitador General la denominación de Capitán General y el mando de las Armas. Consecuente a esta providencia se despachó un extraordinario a Cartagena para que se aprontase una embarcación a fin de dar noticia a la Corte de este acontecimiento y el señor Regente como Capitán General depuso del Gobierno de Cartagena al Brigadier Don Antonio Arévalo a quien había nombrado el señor Pimienta en virtud de las facultades que el Rey le concedió y eligió al Teniente del Rey don Roque Quiroga.

Se puso al Exmo. Sr. Virrey difunto de cuerpo presente en la Sala del Dosel con su Guardia de Alabarderos y toda aquella posible magnificencia, y al tercer día se hizo el entierro en la iglesia de Madres Carmelitas con todos los honores que previene la Ordenanza para los Capitanes Generales del Ejército.

El día 13 llegó el Correo de España y habiendo traído los pliegos de Oficio a la Secretaría del Virreinato dio noticia de ellos al Real Acuerdo el Secretario. A este se le mandó los llevase a la Audiencia, hízolo así y al entrar le dijo uno de los porteros se quitase la espada; como iba vestido de su uniforme y sabe bien las distinciones con que el Rey manda se le trate y se expresan menudamente en su despacho, tuvo bastante que ofrecer a su

RAFAEL POMBO

Por LUIS MARTINEZ DELGADO

De la Academia Colombiana de Historia.

Nació Rafael Pombo en la ciudad de Bogotá el 7 de noviembre de 1833. Fueron sus padres don Lino de Pombo O'Donnell y doña Ana Rebolledo. Hermanos de Rafael fueron Manuel Pombo, poeta, escritor y hombre de armas, pues se halló en la toma de Bogotá el 4 de diciembre de 1854; Felisa, casada con el doctor Teodoro Valenzuela; Fidel, notable ingeniero; Juana y Beatriz. Don Lino de Pombo fue uno de los defensores de Cartagena en 1815, y se distinguió como buen escritor. Fue notable hombre de Estado y matemático.

Lino de Pombo estaba ligado con estrechos vínculos de sangre con don Julio Arboleda, el poeta-soldado, y ambos estaban "emparentados con una noble familia de origen irlandés, cuya rama española tuvo un ilustre representante en el general vencedor en la guerra de Africa y que por tal motivo llevó el título de Duque de Tetuán".

Dice Antonio Gómez Restrepo que Pombo hizo estudios de ingeniería, por complacer a su padre, que odiaba el rimar fútil. El joven ingeniero tomó las armas en defensa del gobierno constitucional en 1854, y entró triunfante en la capital con las tropas vencedoras. El único puesto público que desempeñó fue el de Secretario de la Legación en Washington, que estaba a cargo del benemérito general don Pedro Alcántara Herrán. Cuando éste se retiró, Pombo actuó como Encargado de Negocios, y con tal carácter prestó importantes servicios. Cuando cayó el gobierno legítimo, se quedó sin ocupación oficial, pero permaneció muchos años en los Estados Unidos ocupado en trabajos literarios, que le permitieron vivir, aunque en situación muy modesta. A esta circunstancia, ingrata para él, pero afortunada para las letras, debemos los incomparables **Cuentos pintados**. Al cabo regresó al país y se instaló en Bogotá, en donde permaneció hasta su muer-

te ocupado en trabajos de arte y de literatura. Fue Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana". (1)

Durante su permanencia en los Estados Unidos se relacionó con artistas notables como Gottschalk y la famosa Patti. Su amistad fue estrecha con Bryant, Longfellow, Tasara y Zenea. Se dice, y la afirmación no carece de fundamento, que Pombo fue el colaborador literario del Gral. Páez en los Estados Unidos y que a él debemos en gran parte las *Memorias del León de Apure*, libro apasionante, que tiene descripciones admirables como la narración de la batalla de las Queseras del Medio, dignas de un canto de Homero.

Sin duda el medio ambiente y una enfermedad digestiva influyeron decisivamente en el poeta cuando escribió *La Hora de Tinieblas*, que es un grito de inconformidad y rebeldía. La inspiración de Pombo, durante su permanencia en los Estados Unidos, llegó a su plenitud. "Desde la oda hasta el epigrama, todo lo trató con increíble facilidad y destreza. Debajo de los artísticos adornos de la forma se manifiesta la recia musculatura de un pensamiento, madurado con la experiencia de la vida y fortalecido con la medula de la ciencia. Se esfuerza por ahorrar accesorios inútiles, y cuando logra concentrar toda su energía en una breve fórmula expresiva, su inspiración adquiere un alto grado de intensidad, y se siente en las estrofas un estremecimiento interno, como el de una tierra volcánica".

La obra literaria de Pombo es múltiple. En poesía recorrió todas las escalas no siempre con igual fortuna, no obstante "el carácter cósmico de su inspiración". Muchas de sus composiciones ganaron desde un principio general admiración como ocurrió con las estrofas tituladas *Mi amor*, a propósito de las cuales escribió Miguel Cané el siguiente incidente: "Un día, en un salón de Nueva York, una dama argentina, que tiene un sitio elevado y merecido en la jerarquía intelectual de nuestro país — (Cané fue escritor y diplomático argentino) —, recibía a una numerosa sociedad suramericana. Se encaró con Pombo y le preguntó quién era esa poetisa desconocida, esa famosa *Edda bogotana*, cuyos versos, impregnados de una pasión profunda y absorbente, le recordaban los inimitables acentos de Safo. . . . —Encuentra usted esos versos dignos de atención, señora?, dijo Pombo. Esos versos, en que vibra una alma apasionada, esos versos tan de mujer, envueltos en la adoración, el misticismo misterioso de Santa Teresa. Hé ahí los hombres! Cuál de ustedes sería capaz de escribirlos? —Pues Edda está actualmente en Nueva York, y si usted quiere conocerla. . . . —Que si quiero conocerla?, dijo nues-

(1) Gómez Restrepo. *Historia de la Literatura Colombiana*. — Vol. IV.

tro compatriota, con su ímpetu característico. Ahora mismo me dice usted dónde vive, cómo se llama; mañana sin falta la visito. ¡Me la voy a comer a besos! —Pues empiece usted, señora; Edda soy yo!” No es probable que la dama cumpliera su propósito, porque la poetisa resultó ser un hombre cuyo físico, por añadidura, no era muy atractivo. Lo recordamos con bastante precisión. Años antes de haber llegado a una juventud que diariamente se aleja, nos encargó nuestro padre, el doctor Luis Martínez Silva, que era muy amigo de don Rafael, llevarle una carta que debíamos entregar personalmente. Al llegar a la residencia del poeta, nos hizo entrar una persona del servicio a un cuarto a media luz en cuyo fondo, escondida en un rincón, había una persona acostada. En la cabeza tenía una especie de gorro musulmán, adornado con una borla que le caía sobre la mejilla izquierda; los anteojos apoyados en el extremo de la nariz, y las manos en alto sostenían un periódico, que difícilmente podía leerse a la luz de una sencilla lámpara. Los muros del cuarto desnudos, cubiertos con un papel de colgadura que en sus buenos tiempos debió ser verde con adornos blancos; el piso, lleno de libros, trebejos y papeles en desorden, estaba cubierto con una antigua estera que usaron nuestros mayores. Al sentirnos el poeta dejó de caer el periódico y nos miró con cierta sorpresa por encima de los anteojos. Se incorporó un poco, se acomodó los anteojos y nos saludó amablemente. Se nos grabó en la memoria su rostro demacrado, sus brazos enjutos y la barbilla que le era característica. Cumplido nuestro encargo nos despedimos. Fue la única vez, que recordemos, haber estado con don Rafael Pombo pocos años antes de su muerte, ocurrida en Bogotá el año de 1912.

El mayor poeta romántico colombiano es Rafael Pombo. Cantó el amor en magníficas estrofas pero no lo conoció. Lo emponzoñó la duda de poder cautivar a una mujer y murió célibe. Su temperamento fue profundamente emotivo. Había nacido, como dice el gran crítico de sus obras, para respirar en atmósfera tempestuosa. Por eso escribió en un diario íntimo que dejó incompleto: “En Popayán, donde la tempestad tiene su carro y sus armas, y donde diariamente hace víctimas, yo gocé y grité como un loco viéndome envuelto por una de las más furiosas que allí se recuerdan.... Viendo en 1848 el Salto de Tequendama, uno de mis compañeros tuvo que cogerme de los brazos para que no me precipitase en él, porque en mi entusiasmo, ese monstruo de las cascadas me tenía fascinado y me atraía irresistiblemente. Y el mar, ¡el mar! el fondo de todos los cuadros de mis sueños! Dios mío! Cómo me has de dejar sin conocerlo. Yo amo, amo siempre, mi alma toda es amor y adoración”.

Las traducciones poéticas de Pombo son también magníficas. Comparte con don Miguel Antonio Caro el primer puesto en este

campo, no obstante el clacisismo del primero y el romanticismo del segundo. Tradujo a Byron, Lamartine, Víctor Hugo, Musset, Bryant, Hood y Longfellow. Vertió a nuestro idioma al poeta de Venusa y según Menéndez y Pelayo tuvo el propósito de publicar un **Horacio bogotano**, obra no realizada desgraciadamente.

Pombo no fue poeta únicamente, altísimo poeta. Ocupó una posición distinguida en la política y en unión de Vergara y Vergara redactó el periódico literario "La Siesta", de corta duración. y más tarde, en 1886, dirigió "El Centro" en cuyas columnas defendió el sistema central en oposición al federalismo que durante el régimen de la Constitución de Ríonegro llegó a extremos exagerados, que hicieron indispensable la reforma política de 1886.

Rafael Pombo fue un conservador doctrinario de verdad. Apoyó el movimiento regenerador que salvó la unidad nacional, restableció la tranquilidad de las conciencias y estableció la unidad de legislación. Pero transcurridos diez años después de sancionada la nueva Constitución y puestos de bulto los errores del nacionalismo, un grupo de conservadores históricos firmó la Manifestación conocida como el programa de los "21" ciudadanos que sentaron tienda aparte e iniciaron una campaña inteligente y tenaz, encaminada a corregir vicios y corruptelas y a exigir el fiel cumplimiento de los programas que habían justificado la llamada "Regeneración".

El grupo de los 21 estaba integrado por los señores Carlos Martínez Silva, Jaime Córdoba, Emilio Ruiz Barreto, Rafael Ortiz B., Juan C. Arbeláez, Rufino Gutiérrez, Luis Martínez Silva, José Joaquín Pérez, Emilio Saiz, Mariano Ospina Chaparro, Carlos Eduardo Coronado, Mariano Ospina Vásquez, Bernardo Escobar, Guillermo Durana, Cipriano Cárdenas, Rafael Tamayo, Joaquín Uribe B., Jorge Roa, Gerardo Pulecio y Rafael Pombo.

Dividido el partido conservador entre históricos y nacionalistas, se inició una ruda campaña que culminó con la liquidación total del nacionalismo que tuvo por su máximo exponente y conductor a don Miguel Antonio Caro.

En el mes de noviembre de 1899 la Junta de Delegados del partido conservador, presidida por el general Marceliano Vélez, acordó, cuando el liberalismo se lanzó a la guerra de los mil días, o mejor dicho, poco antes de que estallara el movimiento revolucionario cuando se hallaba al frente del gobierno el doctor Manuel Antonio Sanclemente, que llegado el caso de la anunciada apelación a las armas, los miembros del partido conservador conocidos con la designación de "históricos" no se consideraban obligados a acudir a la defensa del gobierno cuyas prácticas habían venido censurando enérgicamente. No obstante la declaración de la Junta de Delegados del partido conservador, que contaba con el respaldo de la opinión de la mayoría de la nación, re-

presentada entonces por el liberalismo inconforme y por el grupo de los históricos, al estallar la guerra un sector de los últimos se apresuró a dirigirse al gobierno ofreciéndole vidas y bienes para defender precisamente lo que antes habían combatido. Entre los conservadores históricos que volvieron caras se hallaron el doctor Miguel Abadía Méndez, el general Próspero Pinzón y Gerardo Pulecio, uno de los signatarios del Manifiesto conocido con el nombre de "Motivos de Disidencia".

Pombo se mantuvo firme en su posición no obstante la defección de importantes amigos políticos y del desdén que la entonces mayoría nacionalista mostraba para con los históricos. Hace poco tuvimos ocasión de recordar que en esos días fue comisionado don Rafael Pombo para ofrecerle un homenaje político a don José Joaquín Pérez, antiguo director de "El Heraldó", que había sido víctima de no pocas persecuciones sufridas con admirable alteza de patriotismo y de carácter. Pombo, al hacer el ofrecimiento del homenaje, se expresó así:

"Viendo el manifiesto alguno,
 "dizque dijo: Están muy mal,
 "cuando ni en la capital
 "han pasado de veintiuno.
 "Bien, para un partido ayuno
 "no son tan pocos hoy día,
 "y por ley de homeopatía,
 "veintiun guardas del derecho,
 "Patria: te harán más provecho
 "que cien mil de mercancía."

Con razón se ha dicho de Pombo que fue un digno ciudadano, un sincero patriota, y lo mostró con la palabra y con el ejemplo en momentos importantes de su vida.

La figura de Pombo es digna de un estudio biográfico detenido. Su obra poética fue editada no hace mucho en la Imprenta Nacional por disposición del Congreso, bajo la experta dirección de don Antonio Gómez Restrepo. La edición, agotada, deja mucho qué desear por su deficiente presentación, y valdría la pena que una entidad como el Instituto Caro y Cuervo se ocupara solo en hacer una digna presentación de las obras del gran vate colombiano, no limitadas a la parte poética sino incluyendo los escritos en prosa y si posible la correspondencia que Pombo sostuvo con grandes figuras de las letras. Entre esta correspondencia hay cartas de don Rufino J. Cuervo, inéditas. En alguna de estas cartas recordamos el siguiente comentario del señor Cuervo: "En Colombia hay mucha devoción y muy poca religión".

Luis Martínez Delgado

TORIBIO MAYA

UNA VIDA EJEMPLAR

Por LUIS MARTINEZ DELGADO

De la Academia Colombiana de Historia.

En la ciudad de Popayán "situada en un valle que ha hecho vibrar las arpas de nuestros poetas más excelsos y los ha llenado de divina inspiración, con un clima ideal, una cultura legendaria, un panorama coronado por el empenachado Puracé, de calles rectas, sin tristes arrabales, con iglesias donde el arte multiplicó sus prodigios, con su 'agonizante' río Molinos atravesado por vetustos puentes, lamina por las románticas aguas del Cauca, opulenta de casonas coloniales, y fecunda cual ninguna otra ciudad de Colombia en cosecha de hombres ilustres", como escribe el jesuíta Uldarico Urrutia, nació don Toribio Maya, el 27 de abril de 1848.

Fueron sus padres don Tomás Maya y doña Dolores Sarmiento, de origen vasco el primero, cuyos ascendientes eran de la villa de Maya, en la provincia de Vizcaya.

Con escasos recursos pecuniarios, producto de un trabajo tenaz, no fue tarea fácil para don Tomás atender a la educación de veintidós hijos entre los cuales habría de escalar alturas extrañas a la gloria humana Toribio. Desde su niñez, anota el mismo sacerdote que hemos citado, mostró una gran compasión por los menesterosos, y una caridad eficiente para con los enfermos y los pobres, de modo que bien podía decir con Job: "Desde mi infancia creció conmigo la misericordia". Durante su vida edificante siempre se le vio contento y sosegado porque tenía la conciencia tranquila, no obstante las estrecheces materiales. Vivió modestamente, practicando heroicamente la caridad con los menesterosos y los enfermos, sin buscar la aprobación de los hombres, ciñéndose en su conducta a la sentencia de San Pablo que seguramente ignoraba: "No el que se alaba a sí mismo es aprobado, sino el que Dios alaba". Quienes lo conocieron pueden dar testimonio

de la sentencia de Kempis: "Gran quietud de corazón tiene el que no se le da nada de las alabanzas ni de las afrentas".

Su retrato al óleo, ya entrado en años, hecho por el pintor Efraín Martínez, nos revela la placidez de su rostro, que semeja el de un santo. Los ojos hundidos, de mirada pensativa, larga la barba, las mejillas secas y su atuendo pobre y descuidado. Su caminar pausado y la ruina habitual del calzado demostraban su continuo transitar por las rectas calles de la ciudad procera, entonces empedradas, y por sinuosos senderos que conducían a rústicos y desmantelados albergues de gente pobre y de leprosos. Los dedos de las manos largos parecían pregonar las dádivas continuas a los necesitados, y los bolsillos del saco y del abrigo llenos de drogas o de limosneras hacían recordar las austeras andanzas del Apóstol de los negros, bajo un sol abrasador, por las calles coloniales de la vetusta Cartagena de Indias.

Dice el Padre Urrutia que Toribio quiso ordenarse sacerdote; pero las estrecheces de la pobreza que sufría la familia lo obligaron a torcer el rumbo y abrazar el oficio de hojalatero, que había aprendido de su padre, y en el que mostró rara habilidad, tanto que pudo atender no solo a su propia necesidad, sino educar a cinco sobrinos huérfanos, que había dejado uno de sus hermanos mayores. Uno de estos beneficiados con la paternal solicitud de Toribio fue Tomás, padre del que hoy es gloria eximia de las letras colombianas, Rafael Maya.

Mas ya que no pudo, agrega el mismo Padre Urrutia, ser sacerdote, guardó hasta la muerte el celibato, cual si lo fuera, conservándose solo para Dios y para sus prójimos en la entrega completa de su existencia.

Recobrada la salud después de grave enfermedad, cambió de rumbo. Desde entonces, escribe Rafael Maya, "como si el tiempo que empleaba en su oficio le hiciera falta para su labor apostólica, lo abandonó, echó a un lado latas, fierros y cautines, y se dedicó en absoluto a aquella a quien había tomado por esposa, la miseria humana, a la cual consagró sus energías, los escasos recursos de que disponía y su desvelo absoluto. Se dio con desesperado empeño a la curación de enfermos y a su asistencia médica. Sacaba recetas de los libros y acopiaba frascos y menjurjes: a tal punto que sus bolsillos eran un archivo de papeles de medicina, y su vivienda una botica cuyo ambiente sólo él podía respirar. Aplicaba con excepcional eficacia emplastos y parches de unos efectos curativos raros. Y cuando no podía curar, porque la mano de Dios se lo impedía, comenzaba a ayudar a bien morir a sus enfermos; después aderezaba el cadáver para la sepultura, y se iba con él al camposanto. . . ."

A orillas del riachuelo denominado Pubús, distante de la ciudad unos dos kilómetros, adquirió don Toribio, con limitados re-

cursos provenientes de la caridad, un terreno en donde construyó una modesta casa pajiza que destinó para albergue de leprosos. Y era cosa admirable saber que don Toribio iba diariamente a pie a visitar a los enfermos, curarles las llagas, consolarlos y repartirles alimentos, ropas y medicinas.

“En alguna ocasión le regalaron un caballo para sus viajes a Pubús y demás andanzas de su caridad. Pronto lo vendió para emplear su valor en el socorro de sus enfermos. Al fin —según relato que le hizo al R. P. Urrutia el jefe de la policía del lugar— lo nombraron agente de la misma para darle el pequeño sueldo mensual de quince pesos como ayuda para sus obras y menesteres y con derecho a cabalgadura, pero en calidad de agente, de modo que no pudiera enajenarla”.

Refiere don Vicente Arboleda que siempre se le veía con su traje de paño oscuro que hacía para él las veces de sayal, pues su pobreza, o por mejor decir, su largueza, no le permitía dejar para sí nada de cuanto los amigos y personas caritativas le obsequiaban. Robáronle una vez un traje; repusieronsele nuevo para las fiestas de Navidad; lo aceptó, y en seguida se desprendió de él y lo regaló a los pobres.

Su vida, que se extinguió el 16 de agosto de 1930, fue edificante por su caridad. Se presta ella para escribir un libro denso de doctrina. Es posible que los apuntes escritos por don Vicente Arboleda, el R. P. Uldarico Urrutia S. J., Rafael Maya y por el Ilustrísimo señor Diego María Gómez, Arzobispo de Popayán, sirvan de guía al docto escritor que posiblemente se ocupa en la actualidad en escribir la vida de don Toribio Maya. Tanto más necesario y urgente es adelantar este trabajo cuanto que el Ilustrísimo señor Gómez está interesado en poder presentar a Roma la vida y hechos de Toribio Maya en la esperanza de ver inscrito su nombre en el santoral de la Iglesia.

Luis Martínez Delgado



Episodios Históricos

Por RAMON C. CORREA

DON PEDRO DE AÑASCO Y LA GAITANA

El escritor colombiano don Miguel Arroyo Díez publicó un interesante episodio en relación a don Pedro de Añasco y a La Gaitana, episodio que los ilustres historiadores don Jaime Arroyo y doctor don Arcesio Aragón incluyeron en sus eruditas obras tituladas "Historia de la Gobernación de Popayán" y "Fastos Payaneses". El autor dice:

"La región meridional del río Magdalena estaba habitada por las tribus llamadas de yalcones; rudos, valerosos y antropófagos, que fácilmente aceptaron el yugo del conquistador, que les causaba al mismo tiempo espanto y atracción, por la agilidad de sus caballos, por el esplendor de las armas, por el trueno de sus arcabuces, por la dureza de sus corazas y por la majestad de sus penachos.

Añasco había alcanzado de Belalcázar y de Aldana ilimitadas autorizaciones, y proponíase el incremento y desarrollo de su colonia, para lo cual había llevado de Popayán ganados, herramientas y buena cantidad de mercaderías. Inquietaba a Añasco, en especial, lo relativo a las encomiendas y el reparto entre ellas y entre los vecinos de la naciente villa de los pobres indios y de las tribus aledañas.

Para mejor y más eficaz resultado, ordenó a todos los indígenas que concurrieran a Timaná a oír de su propia boca lo que su autoridad había resuelto.

Todos los indios acudieron, menos uno que no fue, tal vez, por temor o por protesta; pero el Teniente del Gobernador, don Pedro de Añasco, que no se andaba por las ramas, quiso hacer un escarmiento ejemplar, y al efecto, dice un historiador, "ordenó ir a buscar al mozo en su habitación, apresarle y conducirlo a su presencia. Una vez que lo tuvo delante, ¡oh crueldad inaudita!, dispuso que fuese el infeliz quemado vivo. No valieron para hacerlo desistir de tan horrible atentado ni las advertencias de sus amigos, ni las súplicas y lágrimas de la desconsolada madre del

mancebo, que había seguido a su hijo y rogaba al cruel caudillo con toda la viveza de que es capaz el amor maternal: Añasco fue inexorable y su orden atroz tuvo fatal cumplimiento.

Aquella mujer, a quien los españoles llamaron la Gaitana, no se abatía como otras en el dolor; a la sensibilidad de madre unía esa energía y arrojo que suelen hacer a la mujer capaz de las mayores virtudes o de los mayores crímenes, o convertirla en ángel o en demonio, según el sentimiento o pasión que la domine. Tenía la Gaitana tanta fuerza de espíritu, tal dón de persuasiva y tanta habilidad natural, que si no hubiera nacido y figurado entre salvajes, sería acaso contada entre las mujeres más célebres de su época. Presenció silenciosa el sacrificio de su hijo y lo vio terminar sin prorrumpir en quejas y amenazas. Pero luego emprendió a recorrer la comarca de tribu en tribu y de bohío en bohío, excitando a los indígenas a la sublevación y a la venganza, y tuvo arte para comprometer en sus planes y colocar como primer jefe de la rebelión al cacique Pigoanza, el más poderoso entre los yalcones, y tan amigo del español, que su hijo mismo estaba al lado de Añasco y gozaba de su particular cariño. Esta circunstancia favoreció mucho el plan de la Gaitana, pues Pigoanza pudo preparar el terrible alzamiento sin excitar grandes sospechas ni temores, y a su amparo los demás caciques cooperaron con toda la astucia y disimulo que emplean de ordinario los débiles contra los fuertes.

Nunca descargan las tempestades sin que vientos y nubarrones las anuncien; así, no dejó Añasco de percibir por algunos signos que los indígenas maduraban algún plan de sublevación, si bien no podía determinar por dónde ni cuándo estallaría. Para cerciorarse de ello y prevenirlo en tiempo, resolvió con más temeridad que valor, y despreciando las observaciones de los suyos, salir personalmente a recorrer las tierras acompañado por el hijo de Pigoanza, en cuya lealtad y discreción confiaba, con solo treinta soldados de a pie y tres de a caballo. Anduvo no poca parte del país sin novedad alguna; pero hallándose cierto día en un punto llamado Aquisgá, le indicó el leal mancebo que corría peligro de ser atacado por su padre, que no lejos de allí estaba con numerosa hueste, resuelto a combatir hasta arrojar de la comarca al español. Imponíase apenas Añasco de esta relación, cuando se le presentaron unos pocos indígenas a ofrecerle para que comiese un leoncillo muerto de tres días, y cuatro mazorcas de maíz tierno, lo cual fue para él, que conocía bastante las creencias y costumbres de los indios, señal evidente de las malas intenciones que abrigaban. A pesar de todo esto, y aunque le instaron algunos de su tropa que se acogiese a la inmediata serranía, él rehusó tenazmente a todo lo que no fuera afrontar el peligro, persuadido de que es menos deshonoroso ser tachado de temerario que de

cobarde. Limitóse por toda precaución a poner centinelas avanzadas y aguardó en calma que llegara el momento del combate. Al rayar el alba, viose atacado por cinco mil salvajes enfurecidos, cuyos solos gritos y demanes hubieran puesto terror a almas menos bien templadas que la suya; pero Añasco no desesperó y supo, además, inspirar aliento a sus propios compañeros. Combatieron con un valor increíble e imponderable y todos murieron matando, menos seis, a quienes parece salvó un especial favor de la Providencia, a saber: Añasco el joven, que estropeado en una caída del caballo había quedado atrás con dos soldados que le servirían: estos tres escaparon por un oportuno aviso que les envió el hijo de Pigoanza; y el Capitán Luis Mideros y dos soldados de a pie, apellidados Cornejo y Medina, que casi milagrosamente se sustrajeron a la vista de los rabiñosos vencedores y pudieron, dando rodeos, volver a Timaná. En el campo quedaron, entre otros, los esforzados Oficiales Francisco Sánchez, Baltazar del Río, Pedro de Esperanza y un hijo de Belalcázar. Pero el más desgraciado de todos fue Añasco, a quien, tomado prisionero, entregaron a la Gaitana, allí presente, para que saciara en él sus venganzas. Esta mujer le hizo sacar los ojos, y echándole un dogal al cuello, le llevó por toda la comarca, de caserío en caserío, cortándole en cada lugar uno de los miembros del cuerpo hasta que expiró desfallecido, con gran pena de la vengativa anciana, que había querido prolongarle el suplicio para gozarse más y más en sus dolores. Es de extrañarse lo que aseguran los cronistas, que hombre tan despiadado como Añasco diera en estas circunstancias tantas y tan grandes pruebas de resignación cristiana, que dejara con ella admirados a sus propios asesinos”.

DOCTOR CAMILO TORRES

Este excelso prócer y mártir de la Patria nació en la hidalga ciudad de Popayán. Del doctor Camilo Torres dijo el Barón de Humbolt en una de sus cartas:

“El doctor Camilo Torres, hombre verdaderamente grande, extraordinario, gigante de inteligencia, genio de extensos talentos, gran saber y virtudes sólidas y rígidas, distinguido abogado de la Audiencia de Santa Fe y de los Reales Consejos de España. Célebre ya en varias materias, por su ciencia en todos los múltiples ramos de la jurisprudencia, y como orador por su elocuencia hablada y escrita. Respetado, atendido y, a las veces consultado en asuntos graves por S. E. el Virrey, por los Ministros de la Real Audiencia y otros; dos ocasiones atraído y halagado con la toga, y otras tantas rechazado el honor; muy erudito en ciencias exactas; protector de las bellas letras; en las cuales su dictamen es considerado decisivo; sobresaliente en el conocimiento y

versación de su idioma, el griego, latín, francés y el alemán, que estudia ahora con tesón, no solo para apagar la insaciable sed de ciencia, sino para satisfacer el anhelo de leer los autores clásicos en sus respectivos idiomas. La serena y amplísima frente, los rasgos severos de su rostro y la actitud varonil y casi atlética, su gentileza, revelan a primera vista la energía de su carácter inquebrantable en la vía del bien y de la justicia; sin embargo, en el fondo de todo su ser se descubre una alma noble, benévola, dulce, y corazón de finísimo oro; caritativo, desinteresado, sincero y constante amigo”.

En la importante obra “Camilo Torres” por el erudito historiador don Manuel José Forero, se encuentra el siguiente episodio:

“Un relato antiguo manifiesta que el día 4 de octubre, un español de grandes riquezas, don Jerónimo Auza, anheloso de salvar de cualquier manera a Camilo Torres, se presentó en el despacho de Morillo, y le dijo:

—“Vengo a interesar la piedad de Vuestra Excelencia en favor de un sujeto virtuoso y sabio, amigo mío.

—“Vamos, cómo se llama? contestó Morillo.

—“Camilo Torres.

—“¡Ah, sí! El Catón granadino, el ideólogo que es la causa de la revolución. ¡Es imposible perdonarlo!

—“Es el sujeto más digno del Reino!

—“Me es imposible conceder la gracia de su vida!

—“Doy en oro, dijo Auza, por el rescate de este amigo, el peso equivalente al de su cuerpo.

“Morillo contestó: —Si usted insiste en su pretensión, lo haré colgar también al lado de su querido amigo Torres.

“El español, concluye el relato, salió del salón, mudo de terror”.

DOCTOR VICENTE AZUERO

Doctor en abogacía. Ocupó importantes cargos públicos, entre éstos, miembro de colegios constituyentes y electorales, Auditor de Guerra, miembro y Presidente del Congreso de Cúcuta, Fiscal de la Corte Suprema de Justicia, Ministro-Juez de la Suprema Corte, profesor de Derecho Público en San Bartolomé, Miembro del Consejo de Estado y Ministro del Interior, diputado a convenciones, etc. Por adherir a las ideas republicanas fue prisionero en 1816 de los españoles y reducido a la cárcel. En 1819 burló la vigilancia realista y se fugó. El 7 de agosto de 1819 el Libertador Simón Bolívar alcanzó sobre los ejércitos del Rey un glorioso triunfo. En el trascendental homenaje que la ciudadanía de Santa Fe de Bogotá tributó al Genio de la guerra mag-

na por la victoria que obtuvo en el Puente de Boyacá, el doctor Azuero pronunció al Libertador la siguiente arenga:

“Señor: ¿Qué podré yo decir digno de vuestra gloria? El mayor de los bienes es la libertad, y el más grande de los hombres el que sabe conquistarla para los otros. Entre el ruido de nuestras cadenas, nosotros oíamos decir: BOLIVAR vive, y nuestras esperanzas renacían. Nuestros compañeros caminaban a los cadalsos: pero al morir ellos, llevaban el dulce consuelo de dejar un tan insigne vengador.

¡Hombre singular! Nada hay comparable a vuestro mérito. Aníbal, abandonado de su patria y buscando en reinos extraños los medios de presentarla: Cincinato y Fabricio, abdicando la omnipotente dictadura: Trasíbulo y Pelopidas, despedazando las cadenas de sus conciudadanos, no igualaron vuestro valor, vuestra constancia, vuestra moderación.

Con muchos, o con pocos recursos, a la cabeza de un ejército, o sin un soldado, coronado de triunfos, o viendo a vuestra patria cubierta de opresores, siempre trabajais por su salvación, siempre sois el más firme escudo de la libertad, siempre sois grande. Los destinos de Venezuela y de la Nueva Granada están encadenados con los vuestros: mientras BOLIVAR exista, existirá la República. Al lado de esta ¡gloria! cuán viles me parecen los cetros, las coronas, los imperios!

¡Guerrero inmortal! Vuestro nombre ya inmenso hoy, va a ocupar la admiración y el asombro de la posteridad; el tiempo solo se avanzará para aumentar vuestra grandeza. Este nombre augusto va a inscribirse sobre una columna: nunca se grabará en ella otro más digno. Ella se destruirá, y vuestros hechos subsistirán siempre. Mientras haya un hombre libre sobre la tierra, el nombre de Bolívar sonará dulcemente, y nuestros últimos nietos, penetrados todavía de reconocimiento, le ofrecerán a sus hijos, como el más bello ejemplo que imitar”.

BOLIVAR contestó:

—“Ilustre y grande orador: El héroe que has descrito no soy yo. Procura tú imitarlo, y yo lo admiraré”.



